

LA COLECCIONISTA  
DE HUÉRFANOS

*La coleccionista de huérfanos*

Título original: *The Orphan Collector*

© 2020 by Ellen Marie Wiseman  
First published by Kensington Publishing Corp.  
Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria.  
All rights reserved

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.  
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta  
28036 Madrid  
[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)  
[www.facebook.com/librosdesedaeditorial](http://www.facebook.com/librosdesedaeditorial)  
[@librosdeseda](mailto:@librosdeseda)  
[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Kensington Publishing Corp.

Ajustes de cubierta: Rasgo Audaz

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Robin Macmillan/Trevillion Images

Primera edición: marzo de 2021

Depósito legal: M. -2021

ISBN: 978-84-17626-44-0

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

# LA COLECCIONISTA DE HUÉRFANOS



ELLEN MARIE WISEMAN

Libros de  
*seda*



*Para mi querida familia.  
Cada uno de vosotros sois un tesoro para mí.*



# CAPÍTULO 1



## PÍ A

*28 de septiembre de 1918*

**E**n Filadelfia, un soleado día de septiembre, el virus mortal se expandió subrepticamente, sin ser visto ni oído, entre las personas que atestaban las adoquinadas calles de la ciudad, en medio del alegre caos del desfile de los «Bonos de la Libertad» y las marchas patrióticas de John Philip Sousa. Se habían organizado para recaudar fondos con los que ayudar a las tropas aliadas que luchaban en la Primera Guerra Mundial. Más de doscientas mil personas, entre hombres, mujeres y niños, agitaban banderas de Estados Unidos y se empujaban para abrirse paso y colocarse en zonas que les permitieran contemplar el desfile, que discurría a lo largo de casi cuatro kilómetros. Por detrás de ellos, otros muchos permanecían quietos, arengando sin cesar a los miembros de las bandas, *boy-scouts*, mujeres pertenecientes al cuerpo auxiliar del ejército, infantes de marina, marineros y soldados, que desfilaban por la calle. También pasaban aviones volando bajo, carros tirados por caballos transportando obuses de ocho pulgadas y grupos militares de asalto realizando ejercicios con las bayonetas. Las campanas de las iglesias de los alrededores no dejaban de tañer, y los policías hacían sonar sus silbatos incansablemente. Los amigos se abrazaban, las parejas se besaban y los niños tomaban golosinas y refrescos, que se pasaban unos a otros. Ajenos al siniestro hecho de que

la infección letal había superado los límites del Astillero Naval de Filadelfia, los entusiasmados espectadores ignoraban que en los hospitales locales se habían producido el día anterior más de doscientos ingresos, y también que numerosos expertos en enfermedades infecciosas habían intentado convencer al alcalde de que cancelara la celebración. No obstante, aunque lo hubieran sabido, habría dado igual. La multitud estaba allí para apoyar a las tropas, comprar bonos de guerra y demostrar su patriotismo en aquellos tiempos difíciles pero, según todo hacía indicar, cercanos a la victoria final. Vencer en Europa, manteniendo así alejados de América a los alemanes y austriacos, los nuevos «hunos», era lo único que ocupaba sus mentes.

Muchos de los asistentes habían oído hablar de la gripe que asolaba Boston y Nueva York, pero el director de los laboratorios del Phipps Institute de Filadelfia acababa de anunciar que había identificado la cepa específica del microbio que estaba causando tantos problemas, el bacilo de Pfeiffer, y los periódicos locales habían aclarado que la bacteria no representaba peligro alguno, que era casi tan antigua como el mundo y que solía acompañar a los aires viciados y fétidos, la niebla y las plagas de insectos. Por tanto, estaba claro que, mientras todo el mundo siguiera las recomendaciones del Consejo de Salud (mantener los pies secos, abrigarse, comer más cebollas, aliviar los intestinos cuando hiciera falta y dejar las ventanas abiertas), todo iría bien.

Pero Pía Lange, una niña de trece años, tenía muy claro, pese al optimismo reinante, que algo iba mal. Y no era por lo que le había contado su mejor amigo, Finn Duffy, acerca de unos marineros muertos que su hermano mayor había visto a la salida de la taberna. Ni tampoco por los anuncios de las cabinas telefónicas, que decían textualmente: «Cuando tengan que toser o estornudar, antes de hacerlo tápanse siempre con un pañuelo, una servilleta de papel o un trozo de tela de cualquier tipo», o «¡Cúbrase la boca! ¡La gripe española<sup>1</sup> se contagia por las gotitas que expulsamos por la boca y por la nariz!».

---

1. N. del Trad.: La llamada «gripe española» no se originó en España, sino, según distintos expertos y estudiosos, en China en 1916, en Francia en 1917 o, más probablemente, en los Estados Unidos en 1918. El término «española» acompaña injustamente a la epidemia, ya que no se originó en España, pero sí fue el único país en el que la prensa hablaba de la extraña enfermedad. Los demás se hallaban inmersos en la Primera Guerra Mundial y sus respectivos medios de comunicación no hablaron del asunto.



Pía sabía que algo iba mal porque, inmediatamente después de empezar a andar detrás de su madre, su adorada *Mutti*,<sup>2</sup> que de camino al desfile empujaba un carrito de mimbre con sus dos hermanos gemelos dentro, la invadió una sensación de intranquilidad, como ese aire pesado que inunda el ambiente antes de una tormenta de verano, o el malestar que se siente en la tripa antes de una indigestión. No resultaba nuevo para ella el hecho de pasarlo mal cuando estaba en medio de una multitud. De hecho, nunca podría olvidar el pánico que sintió la primera vez que paseó por las animadas calles de Filadelfia, o cuando Finn la arrastró a la botadura de un buque de guerra en la isla de Hog a la que acudieron el presidente Wilson y otras treinta mil personas. Aquel día, el agua estaba atestada de barcos de vela y de vapor, botes de remo y barcas decoradas con la bandera de Estados Unidos.

Pero esto era diferente. Algo que no podía identificar ni nombrar parecía presionarla por todas partes, algo pesado, invisible y amenazador. Al principio pensó que se trataba del calor y la aglomeración de gente, pero inmediatamente reconoció esa sensación familiar de zozobra que con tanto ahínco siempre había intentado evitar, junto con la súbita certeza de que iba a pasar algo extraordinariamente horrible. Volvió a sentirse como la niñita que había sido, la pequeña que se escondía tras el delantal de *Mutti* cuando venía alguien, incapaz de explicar por qué siempre quería jugar sola. La pequeña a la que no le gustaba abrazar, ni tocar, ni estrechar la mano, ni tampoco sentarse en el regazo de nadie. La pequeña que agradecía que no le permitieran jugar a la pelota ni saltar a la comba, aunque al mismo tiempo también se le rompía el corazón cuando tal cosa ocurría.

Vio cómo varios chicos con jerséis rasgados y pantalones zurcidos se subían a las farolas para poder ver el desfile por encima de la multitud, y deseó poder hacer lo mismo que ellos para escapar de la creciente presión del gentío. Los muchachos gritaban, reían y agitaban las típicas gorras de repartidor de periódicos que todos llevaban, dando brincos como monos debajo de las enormes banderas. También sintió envidia de su despreocupación, de su incapacidad para notar que algo iba mal, deseando ser igual que ellos. Pero eso era imposible. Independientemente de la fuerza con la que lo intentara, ella nunca sería igual que los demás.

---

2. N. de la Ed.: *Mutti*, «mami», en alemán.

Cuando volvió a mirar a la acera, su madre había desaparecido. Abrió la boca para gritar, pero inmediatamente se mordió la lengua. No volvería a llamar a *Mutti* nunca más, o al menos no a gritos. Ya no estaba permitido hablar alemán en público. Sus padres seguirían siendo para ella *Mutti* y *Vater*,<sup>3</sup> independientemente de lo que dijera la ley, pero no quería llamar la atención diciendo su nombre en alemán delante de la multitud. Se puso de puntillas para asomarse hacia atrás y hacia delante, y logró distinguir la parte de arriba del sombrero marrón de *Mutti*, a solo unos pocos metros de donde estaba. Salió corriendo para alcanzarla, dando frenazos y esquivando gente a derecha e izquierda para evitar tropezarse.

Tras ponerse de nuevo a la altura de su madre, se secó el sudor de encima del labio y suspiró aliviada. Lo último que quería era perderse en la ciudad. Encogió los hombros para empequeñecerse y permaneció lo más cerca que pudo de *Mutti*, esquivando a duras penas la marea de manos y brazos que la rodeaban, intentando que su madre bajara el ritmo de avance. ¡Cómo deseaba retroceder a la edad de sus hermanos pequeños y poder esconderse dentro del carrito, bien arropada e invisible para la multitud! Sabía que le iba a resultar difícil estar en el desfile, pero no se esperaba tal aglomeración.

Desde que tenía memoria, se recordaba a sí misma extremadamente tímida; su madre le decía que, siendo un bebé, apenas se dejaba mecer por nadie, y que si alguien insistía y terminaba tomándola en brazos, rompía a llorar con tanta fuerza que inmediatamente su madre tenía que acudir al rescate. Había pensado que la timidez era una característica común a todas las personas, que era algo que se podía sentir, como el dolor de estómago o el picor de garganta. Muchas veces se preguntaba qué habría sido de ella si no hubiera estado allí *Mutti* para protegerla de los hombres que querían darle pellizquitos cariñosos en las mejillas, o de las señoras mayores que agitaban los dedos ante sus ojos queriendo demostrar que no eran peligrosos. Pero, poco a poco, esos pensamientos fueron cambiando, y más todavía en los dos últimos meses. Había empezado a notar otras sensaciones cuando tocaba la piel de ciertas personas, una especie de dolor sordo localizado en la cabeza o en el pecho, o bien cierto malestar difícil

---

3. N. del Trad.: *Vater*, «padre» en alemán. La madre de Pía utiliza de vez en cuando expresiones que en la versión original en inglés de la novela aparecen en alemán y sin traducir. Otros personajes hablan también en distintos idiomas que la autora no traduce al inglés. En esta versión española sí hemos añadido notas al pie para traducir algunas expresiones.

de definir en un brazo o una pierna. No le ocurría siempre, pero sí lo suficientemente a menudo como para preguntarse si le pasaría algo. Ahora, cada vez que iba a la tienda de ultramarinos o al mercado de verduras, escogía las calles menos transitadas y más estrechas para evitar las congestionadas aceras de las más concurridas y con tráfico de caballos, carros, bicicletas y automóviles. Y el solo hecho de entregar monedas en mano a los vendedores ambulantes hacía que se pusiera mala, por lo que lo más habitual era que las dejara en el mostrador, si es que lo había. Por desgracia no podía evitarlo. Contárselo a su madre o a cualquier otra persona no era posible, y menos después de haber escuchado la historia de su tía abuela Lottie, que se pasó la segunda mitad de su vida encerrada en un manicomio de Alemania porque veía cosas que no existían. Daba igual lo confusa o asustada que se sintiera: no diría nada a nadie porque no quería acabar encerrada de por vida.

Ahora, mientras seguía a su madre por las concurridas aceras, se confirmaron sus peores presagios cuando un hombre con traje de lino y sombrero de paja se tropezó contra ella tras esquivar a varios viandantes. Primero soltó una risita, y después se disculpó al darse cuenta de lo que había hecho. Estaba educada para sonreír y ser amable siempre que se dirigían a ella, así que forzó una sonrisa (lo hacía tan bien que a veces hasta se asustaba); pero la reacción del hombre fue darle un ligero pellizco en la mejilla, e inmediatamente sintió un agudo dolor en el pecho, tan fuerte que le pareció que el corazón se le partía en dos. Se estremeció y bajó la mirada, no fuera a ser que le estuvieran rasgando el pecho y las costillas con una navaja. Pero ni había navaja alguna ni sangre a borbotones manchándole el vestido, que más parecía un saco de harina. El estrecho corpiño seguía suave e inmaculado, y extremadamente limpio, pues esa mañana se lo había puesto por primera vez. Dio un paso atrás para alejarse del hombre, pero se dio cuenta de que ya se había marchado, y el dolor desapareció al mismo tiempo que él. La intensidad del mismo la dejó débil y temblorosa.

En ese momento, una mano pequeña y fresca agarró la suya, y el pecho se le comprimó, dificultándole la respiración. Hubiera jurado que hasta podía oír el jadeo de los pulmones con cada inspiración, pero con todo el ruido de la calle no podía asegurarlo. Una niña pequeña con un vestido blanco alzó la cabeza para mirarla sonriente, hasta que se dio cuenta de que no la conocía. El gesto alegre se convirtió en temeroso y empezó a buscar entre la multitud con mirada frenética. Después salió corriendo al

tiempo que gritaba llamando a su madre. Una vez que se hubo marchado, Pía empezó a respirar normalmente otra vez.

Pía hubiera deseado no salir de Hazleton, en la misma Pennsylvania, un lugar de espacios amplios y abiertos, casi siempre inundados por el cielo azul, lleno de campos de flores silvestres y de manadas de ciervos, en vez de irse a la ciudad, con kilómetros de calles pavimentadas, edificios pegados unos a otros y hordas de gente por todas partes. En Filadelfia no se podían dar dos pasos sin tropezarse con alguien, y todas las vistas, los sonidos y los olores le parecían amenazadores y extraños. Los callejones del vecindario estaban llenos de basura y de aguas negras, y por los rincones y las grietas asomaban las ratas más grandes que había visto en su vida, corriendo sin control por aquí y por allá. En cada calle, los carros y los automóviles pugnaban por abrirse paso, y cada acera albergaba más gente que toda la que había visto en su vida hasta ese momento. La ciudad le recordaba una colmena de abejas, pero llena de gente en vez de insectos. Hasta las casas, alineadas en hilera, estaban a reventar, con un montón de familias hacinándose en apartamentos de dos o tres dormitorios. Evidentemente, la ciudad minera de Hazleton pasaba por muchas dificultades, y sus casas tampoco eran el paraíso: paredes finas como el papel, todos los muebles y enseres siempre cubiertos de un hollín denso y oscuro procedente del carbón; y, lo peor de todo, el trabajo de *Vater*, cavar para obtener carbón, era peligroso y extenuante. Pero todo ello no evitaba que sintiera nostalgia. Le alegraba que su padre, hacía poco más de un año, hubiera encontrado en la ciudad un trabajo mucho menos peligroso, pero echaba de menos las gallinas, el patio y el perro del vecindario, que casi siempre dormía tranquilamente bajo el porche trasero. Echaba de menos el polvoriento camino que conducía a la casita de la viuda Wilcox, que le había enseñado a leer y escribir. También echaba de menos los senderos de montaña y la hierba que crecía delante de la puerta de su casa. Su padre decía que echaba de menos Hazleton porque el paisaje le recordaba las suaves y redondeadas colinas y los verdes campos de su Baviera natal. Y cuando su madre le recordaba que solo tenía cuatro años cuando se subió al barco que le llevaría a América, él reía y decía que llevaba Alemania en la sangre, lo mismo que la afición a las golosinas y el amor por su madre.

Al pensar en su padre sintió picor en los ojos. Si él estuviera ahora allí con ellas podría agarrar su amplia y curtida mano e inclinarse contra su cuerpo musculoso y familiar. Primero, como era su costumbre, le apretaría

los dedos un par de veces en rápida sucesión, lo que significaba un «te quiero»; y después ella le devolvería la caricia y se sonreirían, encantados de compartir ese retazo de lenguaje secreto. Nadie que viera a su padre por primera vez adivinaría que tenía un corazón tierno y que siempre estaba silbando, cantando y bromeando; por el contrario, la gente tendía a quitarse de en medio y dejarlo pasar debido a su imponente presencia y a unos hombros anchos como un armario ropero. Con él a su lado, se habría abierto camino entre la multitud prácticamente sin que la rozaran. Pero eso era imposible, ya que se había alistado en el ejército tres meses antes junto con dos de sus amigos germano-estadounidenses, para demostrar su lealtad absoluta a los Estados Unidos de América. Ahora se encontraba en algún lugar de Francia, y no tenía ni la menor idea de cuándo regresaría a casa. Como había dicho *Mutti* hecha un mar de lágrimas cuando se marchó, el mudarse a la ciudad para protegerse no había servido para nada.

De repente, una mujer disfrazada de la Estatua de la Libertad se abrió camino a empujones entre Pía y su madre, distrayéndola de sus pensamientos. Contuvo el aliento cuando el antebrazo desnudo de la mujer le tocó la mano, esperando la llegada de la molesta sensación. Pero, para su alivio, esta vez no sintió nada. Relajó los hombros y exhaló una bocanada de aire para intentar calmarse. Solo tenía que sobrevivir a la siguiente hora, más o menos. Eso sería todo. Después podría volver a casa, a sus habitaciones de la calle Shunk Alley en el Distrito Cinco, donde nadie la tocaría excepto aquellos a los que amaba.

Entonces su madre se detuvo para hablar con una conocida de la tienda de ultramarinos, y un par de manos sudorosas se cernieron sobre su cara. Alguien soltó una risita muy cerca de ella. Inmediatamente sintió un agudo dolor en la caja torácica que la dejó mareada y tensa. Retiró las manos y dio una vuelta sobre sí misma. Era Tommy Costa, el niño pecoso que le tomaba el pelo durante los recreos, y dos de sus amigos, Angelo DiPrizzi y Skip Turner. Los tres se rieron en su cara y le sacaron la lengua antes de salir corriendo. El dolor en el pecho desapareció con ellos.

Cuando su madre eligió por fin un punto para ver el desfile, Pía estaba temblando. Le había rogado a su madre que dejara que se quedase en casa, y hasta le prometió que limpiaría a fondo el pequeño apartamento de dos habitaciones mientras los gemelos y ella estaban fuera. Pero, pese a que su madre sabía lo mal que lo pasaba en las aglomeraciones, esta vez no se dejó convencer.



—Ir al desfile es la única manera de demostrar que somos leales a este país —dijo su madre en un inglés con fuerte acento—. Desde que el presidente Wilson dijo que todos los ciudadanos de origen alemán son enemigos extranjeros, la cosa ha ido mal. Cumpló todas las leyes, también las nuevas. Firmo los papeles renunciando a la ciudadanía alemana. Pongo mi huella dactilar. Pero no tengo dinero para comprar bonos de la libertad, ni para hacer una donación a la Cruz Roja. Tengo que alimentarlos, a ti y a tus hermanos. Tenemos que ir al desfile. Todos. Ni siquiera el que tu padre esté luchando en la guerra es suficiente para tener contentos a los vecinos.

—Pero ¿qué más da que esté yo o no? —dijo Pía—. Todo el mundo te verá en el desfile, y los gemelos se lo pasarán muy bien. Yo haré la cena y la tendré preparada cuando volváis.

—*Nein*<sup>4</sup> —replicó su madre inmediatamente. Nada más pronunciar la palabra, la preocupación se reflejó en su gesto—. Quiero decir que no. Debes venir con nosotros. La radio y los periódicos no paran de indicar a todo el mundo que vigile a sus vecinos germano-estadounidenses y que informen a las autoridades. Antes de que tu padre se marchara, una mujer me gritó que él le estaba robando el puesto de trabajo a un estadounidense de verdad. Escupió al suelo y dijo que nos volviéramos por donde habíamos venido. No pienso dejarte sola en casa.

Pía pensó que su madre tenía razón, porque ya había sufrido acosos en el colegio y sabía que lo que estaba diciendo era verdad. Corrían rumores de que los espías alemanes envenenaban alimentos, y también de que los germano-estadounidenses en general estaban acumulando armas. Algunos alemanes habían sido enviados a campos de internamiento o a la cárcel. La ciudad estaba llena de carteles que mostraban a alemanes de pie sobre cadáveres, y lemas incitando a la gente a comprar bonos de guerra para «¡Vencer y expulsar a los nuevos hunos!». Se habían pintado de amarillo iglesias de congregaciones alemanas, se habían cerrado todos los periódicos publicados en alemán y a los niños se les obligaba a firmar documentos prometiendo que no volverían a utilizar ningún idioma extranjero para comunicarse. Y, por si todo eso fuera poco, un grupo armado especial de policía llamado la Guardia Local, que se había formado originalmente para patrullar las calles y asegurar una protección adecuada de las zonas vitales de la ciudad (depuradoras y centrales de bombeo, plantas

---

4. N. de la Ed.: No.

de luz y electricidad, estaciones telefónicas y fábricas), ahora también recorría los barrios del sur para vigilar a los inmigrantes alemanes. Algunas empresas se habían negado a contratar alemanes, por lo que su madre perdió su empleo en la fábrica textil. Y puesto que se necesitaba permiso para sacar dinero del banco, el escaso efectivo que tenían lo guardaban debajo de una tabla de la tarima del dormitorio. Incluso el chucrut y las hamburguesas se habían rebautizado como «repollo de la libertad» y «bocadillos de la libertad».

Pero el hecho de saber que *Mutti* tenía razón no hacía que estar en el desfile fuera mejor.



Tres días después del desfile, mientras sus compañeras de escuela reían, jugaban a la rayuela o saltaban a la comba durante el recreo, Pía permanecía sentada en su rincón habitual, una roca plana cercana a la verja trasera del patio, fingiendo que leía. El aire tenía un aspecto blanquecino, gris como el humo, y la brisa era algo fresca. Por suerte se había acordado de llevar la rebeca, sobre todo porque las ventanas de las aulas permanecían abiertas de par en par con el fin de proteger de la gripe a alumnos y profesores. El vestido tres cuartos que llevaba era de manga larga y los calcetines de algodón bastante gruesos, pero el tejido de la falda y del corpiño era fino y estaba en un hilo. Dejó el libro, se tiró de las mangas hasta cubrirse los puños y procuró dejar de temblar. ¿Temblaba debido al frío o porque no podía dejar de pensar en lo que había visto y oído después del desfile de los bonos de la libertad?

La señora Schmidt le había dicho a su madre que pasadas setenta y dos horas del desfile, absolutamente todas las camas de los hospitales de la ciudad estaban ocupadas por enfermos de una nueva infección a la que llamaban «gripe española», y que los hospitales estaban empezando a no admitir más pacientes. Al cuarto día, más de seiscientos vecinos de Filadelfia estaban infectados, y habían muerto más de cien en un solo día. Pía pudo escuchar a los profesores hablando sobre la carencia de un número suficiente de médicos y de enfermeras por causa de la guerra, y que las casas de caridad y las iglesias habían empezado a utilizarse como hospitales temporales. Las paredes estaban llenas de carteles que indicaban normas de comportamiento como «Escupir a alguien es mortal», y la policía arrestaba a los que lo hacían. Otro cartel mostraba a un hombre de pie,

vestido con traje y al lado de un demonio con garras saliendo de lo que parecía un charco de saliva que había en la acera, con el siguiente texto: «¡Detengamos la epidemia! ¡Que nadie escupa!». Y como muchísima gente llevaba bolas de ajo o de alcanfor alrededor del cuello, envueltas en tela de estopilla, por las calles se respiraba un denso y peculiar olor que ella no podía evitar asociar con el olor de la muerte. Y lo más terrorífico de todo era que oyó decir que muchos de los que se ponían enfermos morían la misma noche, que la cara se les ponía negra o azul y les salía sangre por la boca, la nariz, las orejas e incluso los ojos.

También había tenido pesadillas, llenas de espantosas imágenes de asistentes al desfile que se aparecían brillantes en su mente, como las de un salón recreativo. Todas las caras tenían los labios negros y las mejillas de color púrpura, y les salía sangre de los ojos y de la boca. Cada vez que le ocurría se despertaba sudando, con los brazos y las piernas temblorosos entre las sábanas, con dolor de estómago y presión en el pecho. Le daban náuseas solo de pensar en ello. Y los saquitos de ajo que le colgaban del cuello no ayudaban nada.

Se los quitó del cuello, los dejó en el suelo, alzó la barbilla y aspiró profundamente, inhalando los aromas habituales del otoño, una mezcla de tierra húmeda, hojas abrasadas por el sol del verano y humo de chimenea. Pero pese a que respirarlos le resultaba mucho más agradable que el fuerte olor del ajo, todavía le recordaban el primer día en la nueva escuela, el año anterior. Aún podía escuchar las voces de su madre y de la profesora.

—¿Leyó usted la carta que escribí a la escuela, señora Derry? —había preguntado *Mutti*.

—Sí, señora Lange, la recibí. Pero no estoy segura de si la entendí.

—Discúlpeme, solo pretendía asegurarme —dijo *Mutti* titubeando—. Mi Pía es muy... ¿qué palabra usan ustedes, delicada? No le gustan las aglomeraciones, ni que la toquen. La verdad es que no sé muy bien el porqué. —Su madre empezó a retorcerse las manos—. Pero es una chica normal, y lista. Por favor, ¿podría asegurarse de que los demás niños...?

—Señora Lange, no veo cómo voy a poder...

—Pía necesita aprender. Necesita ir a la escuela. No quiero que...

—De acuerdo, señora Lange —aceptó la señora Derry—. Sí, haré todo lo que esté en mi mano. Pero cuando los niños juegan entran en contacto unos con otros todo el tiempo, sobre todo durante el recreo. Forma parte de su aprendizaje. Habrá veces en las que no podré impedir que ocurra.



—Sí, lo entiendo —concedió *Mutti*—. Pero si Pía no quiere... si alguno de sus compañeros no quiere dejarla en paz... por favor...

La señora Derry le puso una mano en el brazo y la miró con ojos de comprensión y pena antes de hablar.

—No se preocupe, yo me encargaré. Y se lo diré al resto de los profesores.

Su madre asintió con una sonrisa cansada, se despidió de Pía y de la maestra y se fue.

Después de aquella visita, lo cierto es que la señora Derry y el resto de los profesores apenas hicieron nada para proteger a Pía. Y los recuerdos de aquel encuentro, con su madre retorciéndose las manos y tratando de transmitirle sus preocupaciones a una desconcertada y confundida señora Derry, mientras Pía permanecía encogida a su lado y los demás niños la miraban, volvían a asaltarla cada vez que ponía el pie en el aula. Mientras los otros niños jugaban a «Al agua, patos» o al corro de la patata, Pía se quedaba a un lado, sintiéndose triste y aliviada al mismo tiempo. Inevitablemente, cuando los profesores no miraban, alguno de los niños la empujaba o gritaba su nombre como si fuera el de una niña rara o un gato asustado. Y ahora, debido a la guerra, decían que era «huna», como llamaban en Estados Unidos a los soldados alemanes.

Afortunadamente, había conocido a Finn antes de que empezaran las clases, y el chico pudo formarse su propia opinión sin la influencia de sus compañeros. El día después de llegar a Filadelfia, su madre la había mandado fuera con la orden estricta de alejarse lo suficiente como para no escuchar la conversación que iban a mantener sus padres. Pía no sabía acerca de qué. Tenía mucha nostalgia y estaba casi al borde de las lágrimas, asustada al descubrir que los callejones llenos de basura y las calles adoquinadas estaban tan cerca que no podía evitar sentirse atrapada, y preguntándose si alguna vez podría acostumbrarse a vivir allí. De repente apareció el chico, que se acercó desde un callejón. De entrada procuró no hacerle caso, esperando que se dirigiera a la casa de al lado, pero se detuvo al pie de las escaleras, se retiró el flequillo, pelirrojo, de los ojos y le dirigió una sonrisa amable.

—Eres nueva por estos barrios, ¿verdad? —dijo con un pronunciado acento irlandés—. Soy Finn Duffy, y vivo ahí enfrente —explicó, señalando al otro lado de la calle, a un destartalado edificio de ladrillo de cuatro pisos de altura, con las ventanas muy estrechas y una escalera de incendios negra.

Asintió y sonrió forzosamente. No tenía ganas de hablar, pero tampoco quería parecer grosera.

—Sí —respondió—. Llegamos ayer.

—Encantado de conocerte, esto... ¿cómo has dicho que te llamabas?

—¡Huy, perdona! —dijo apresuradamente—. Soy Pía Lange.

—Bueno, pues encantado de conocerte, Pía Lange. ¿Te apetece jugar a las canicas? —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa de trapo de uno de los bolsillos de los harapientos pantalones.

—No gracias —le respondió, negando con la cabeza.

—¿Entonces puedo sentarme contigo, Pía Lange? —dijo el chico—. Pareces un poco solitaria, si no te importa que te lo diga.

Pensó informarle de que prefería estar sola, pero no quería empezar haciendo enemigos. Así que asintió y se movió hacia un lado para hacerle sitio, recogiendo la falda plisada bajo las piernas y apoyándose sobre las manos al sentarse. Finn sonrió y se sentó a una educada distancia. Para su alivio, se estuvo quieto, como si hubiera adivinado que no le apetecía conversar. Ambos se perdieron en sus propios pensamientos, mirando como tres niñas de color jugaban a la rayuela al otro lado de la calle. Una de ellas llevaba debajo del brazo una muñeca bastante destrozada, cuya cabeza oscilaba de un lado a otro mientras la niña saltaba. Un grupo de chicos con las caras arreboladas, pantalones zurcidos aquí y allá y zapatos por los que asomaban los dedos de los pies, jugaban a darle patadas a una lata grande, gritándose para pedir que les pasaran la lata. Escuchó retazos de risas, de conversaciones y el suave sonido de un fonógrafo, todo procedente de las ventanas del otro lado de la calle; olía a cebollas fritas y a masa de pan. Se veían montones de cuerdas de tender, llenas de prendas que colgaban húmedas y absolutamente quietas en el aire denso que los envolvía, moviéndose perezosamente entre los edificios como un conjunto de banderas de circo. Montones de personas de todos los colores y edades ocupaban los descansillos de las escaleras de incendios, algunos sentados sobre palanganas vueltas del revés, todos buscando algo de alivio al tremendo calor.

Una mujer mayor de color con un pañuelo al cuello sucísimo y botas sin cordones pasó delante de ellos arrastrando un carro de madera lleno de andrajos y botellas vacías. Sorteó a dos niños de unos ocho o nueve años que jugaban a las cartas de rodillas frente a un edificio de piedra de tres pisos. Uno de los críos la miró por encima del hombro, se puso de pie de inmediato, agarró algo del carro y se escapó corriendo y riendo, dejando atrás a su amigo. La anciana siguió su camino, sin hacer caso del hurto

de que había sido objeto, y el otro chico recogió las cartas, se levantó y agarró también algo del carro, uniéndose a su amigo en la carrera.

Finn se puso de pie y los persiguió, cortándoles el camino antes de que desaparecieran por un callejón lateral. Gritó algo que Pía no fue capaz de entender, agarró de la oreja a ambos y los condujo hacia la mujer. Después de devolver las cosas al carro los chicos salieron corriendo, frotándose las orejas, mirando mal a Finn y murmurando entre dientes. La vieja se detuvo finalmente, dándose cuenta de que algo había pasado. Cuando vio a Finn lo ahuyentó e intentó darle un cachete con una mano delgada y nudosa. Él soltó una risita y regresó junto a Pía, encogiéndose de hombros y levantando ambas manos en gesto de cómica derrota.

Pía no pudo evitar sonreír.

—¿La conocías? —preguntó.

—Nunca he hablado con ella —respondió recuperando el aliento tras la carrera. Volvió a sentarse junto a ella y se limpió el sudor de encima de la ceja—. Pero la veo todos los días vendiendo trapos viejos y botellas en una esquina. A los que sí que conozco es a esos dos pillos. Siempre están causando problemas.

—No parecían muy contentos contigo.

—Me imagino que no lo están, pero no me importa, no me harán nada.

—Bueno... —empezó ella, dudando mínimamente—. Has sido muy amable al correr tras ellos y obligarles a que le devolvieran lo que le habían quitado.

El chico sonrió con expresión un tanto burlona, aunque también le brillaban los ojos.

—¡Vaya, esto sí que es grande! ¡Piensas que soy amable! Gracias, Pía Lange.

Se puso colorada de repente. Asintió, pero simplemente porque no sabía qué decir, y enseguida volvió a mirar a las niñas que estaban jugando. ¿Pensaba de verdad lo que decía o solo estaba burlándose de ella? Su sonrisa indicaba que había agradecido el elogio, así que se dijo a sí misma que era eso lo que había pasado. Tampoco importaba mucho. Una vez que averiguara que era alemana, seguro que no volvería a hablar con ella.

El chico se inclinó hacia delante, puso los codos a la altura de las rodillas y fijó también la vista en las niñas que jugaban a la rayuela.

—Llegamos de Irlanda hace tres años —dijo—. ¿Cuánto hace que vi-  
ves en los Estados Unidos?

—Desde los cuatro años —respondió.

El chico, sorprendido, la miró alzando las cejas.

—¿Tanto?

Asintió.

—¿Y siempre has vivido en Filadelfia?

Esta vez negó meneando la cabeza.

—Acabamos de venir desde Hazleton, Pensilvania. *Vater...*, mi padre, quiero decir, trabajaba en las minas de carbón.

Entrecerró los dientes y aspiró, al tiempo que arrugaba la frente.

—Es una forma muy dura de ganarse la vida, maldita sea.

Pía asintió. Al menos no había reaccionado ante la palabra en alemán. O puede que ni siquiera se hubiera dado cuenta.

—Aunque puede que te acabes acostumbrando. Mi padre era el que quería venir aquí a toda costa, pero el pobre nunca llegó.

—¿Por qué?

—No sobrevivió al viaje.

—Lo siento.

—Sí, te lo agradezco. Mi madre lo lleva pasando bastante mal desde entonces, así que mis hermanos mayores y yo cuidamos de ella y de mi abuelo. Después el ejército reclutó a mi hermano mayor hace seis meses, así que mi otro hermano tuvo que doblar los turnos en la fábrica textil. Yo estoy dispuesto a ponerme a trabajar, pero mi madre insiste en que termine la escuela. Las cosas estaban mal en Dublín, es verdad, pero no sé yo si aquí nos va mucho mejor. Se echa de menos Irlanda, incluso sabiendo que irse era lo más conveniente.

Tras esas confesiones y reflexiones, ella lo miró con verdadero interés. Tenía un rostro agradable, con ojos vivos de color avellana. Lo que había dicho se podía aplicar perfectamente a sus propios pensamientos.

Desde ese día fueron amigos. A él le daba lo mismo que ella y su familia fueran alemanes, y tampoco preguntaba por qué no jugaba al juego del cordel ni a ningún otro que implicara contacto corporal. Tras el primer encuentro, el chico le envió una nota por el tendedero que unía sus respectivos apartamentos, ambos en un cuarto piso, que decía lo siguiente: «¡Ha sido estupendo haberte conocido, chica!». A partir de ese momento intercambiaron notas todos los domingos por la noche, cuando la cuerda de tender estaba vacía, pero solo si las ventanas no estaban cerradas por el frío o escaseaba el papel por las restricciones de guerra. Las notas eran

algo bobas y sin sentido, solo para decir hola o hacer bromas o dibujos, pero era su pequeño secreto. Una de las pocas cosas que Pía no tenía que compartir con nadie.

Una vez que empezaron las clases y descubrieron que estaban en la misma, pese a que él iba un curso por delante, el chico le propuso que se sentara con él en el recreo, pero Pía le dijo que no se preocupara, que estaba bien sola. Mientras jugaba a la pelota y a las canicas con otros chicos, siempre alzaba la cabeza para sonreír o saludar con la mano. Y esos pequeños gestos hacían que las cosas fueran más llevaderas para ella.

La mayor parte de los días no le importaba sentarse sola, pero hoy era distinto. Deseaba que dejara de jugar a la pelota y se sentara con ella, aunque solo fuera durante unos pocos minutos. Y es que, por mucho que lo intentara, no podía quitarse de la cabeza la gripe. El sentimiento de preocupación y miedo era abrumador. Cuando un grupo de chicas que saltaban a la comba y cantaban cambiaron de canción, un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

*Había una niñita que tenía un pajarito,  
al que le puso el nombre de Pipe.  
Pero un día se le escapó volando bajito,  
Y la niña lo llamó: «¡Vuelve, que no tengo la gripe!».*

—¿Qué miras, gato asustado?

Pía se volvió. No se había dado cuenta de que se había quedado mirando muy fijamente. Una chica con coletas de color castaño la miraba con cara de malas pulgas. Era Mary Helen Burrows, a la que solo se podía querer u odiar, siempre dependiendo del día y de si Mary Helen quería escucharte o no. Nadie la había visto involucrarse en una pelea, pero siempre tenía el entrecejo fruncido y un montón de marcas y cortes en brazos y piernas. Junto a ella había otras dos chicas, Beverly Hansom y Selma Jones, ambas tenían los brazos cruzados y también la miraban fijamente.

—No miraba a nada en particular —contestó Pía, e hizo ademán de tomar el libro.

—Te lo aseguro, Mary Helen —intervino Beverly—. Nos estaba mirando fijamente, como si estuviera haciendo planes de «alemanes» o algo así.

Mary Helen le dio un golpe al libro, que cayó al suelo.

—¿Nos estás espiando?

Pía negó con la cabeza inmediatamente.



—¡No, qué va! Solo estaba...

—¿Qué pasa aquí? ¿Estás bien, Pía? —Dijo Finn. Le faltaba el resuello, tenía la cara colorada y el pelo alborotado.

—Tu novia nos estaba mirando mal —respondió Mary Helen.

—No es mi novia —dijo Finn.

—Cierra la boca, Mary Helen —espetó Pía.

Mary Helen no le hizo caso y se enfrentó a Finn.

—Solo quiero saber una cosa. ¿Qué pensaría tu madre si supiera que tienes... relación con una asquerosa alemana, y más si tu hermano está luchando por vuestra seguridad?

—¡Retira eso! —gritó Pía poniéndose en pie de un salto.

Mary Helen giró bruscamente la cabeza y miró a Pía levantando las cejas, sorprendida al ver que se enfrentaba a ella directamente.

—¿Cómo?

—¡Qué retires lo que has dicho, repito!

Mary Helen alzó unos puños muy huesudos.

—¿Quieres que te hinche el labio para que haga juego con esa mirada, gato asustado?

—¡Jesús! —exclamó Finn— ¡Por todos los santos, cállate Mary Helen! No vais a pelearos.

—¿De verdad? —de repente, extendió la mano y agarró a Pía por el vestido para atraerla hacia sí, al tiempo que acercaba mucho la cara a la de ella. El intenso olor a ajo y cebollas de los saquitos que llevaba al cuello le provocó una arcada. Con la única intención de librarse de ella, la agarró por las muñecas e intentó separarla. Inmediatamente sintió un agudo e intenso dolor en el pecho que le quitó el aliento y le impidió respirar. Soltó las muñecas de la chica e intentó retroceder, sintiéndose mareada y desorientada. Finn hizo que Mary Helen quitara las manos del vestido de su amiga, la apartó y se interpuso entre ella y Mary Helen. Pía se sentó pesadamente en el suelo e intentó recuperar el aliento.

Una de las profesoras se acercó corriendo.

—¿Qué está pasando aquí, por Dios? —exclamó. Se trataba de la señorita Herrick. Era bastante más alta que ellos, y esbelta como un junco.

—Nada, señorita —contestó Mary Helen—. Creo que se ha confundido. Solo estábamos jugando.

—Pues a mí no me ha parecido ningún juego —arguyó la profesora—. Mary Helen, vete de aquí con tus amigas y dejad en paz a Pía.

Mary Helen emitió una tosecilla incómoda, pero obedeció, y las otras chicas la siguieron con cara de malas pulgas.

—¿Estás bien, Pía? —dijo solícita la señorita. Se inclinó y la agarró del brazo para ayudarla a levantarse.

—¡No me toque! —dijo Pía en un tono más alto de lo que habría deseado.

La señorita Herrick dio un respingo e inmediatamente se llevó la mano al pecho.

Pía se arrepintió inmediatamente de su salida de tono. Lo último que deseaba era crear problemas en la escuela. *Mutti* no lo entendería, de ninguna manera. Se levantó y se sacudió el vestido.

—Perdóneme, señorita Herrick —se disculpó—. No quería ser maleducada. Solo estaba asustada, eso es todo.

La señorita Herrick suspiró.

—Supongo que es comprensible. Sé que a Mary Helen le gusta crear conflictos, y estos días todo el mundo está nervioso. Pero ¿estás bien de verdad? Parece como si hubieras visto un fantasma.

Pía esbozó una débil sonrisa.

—Sí, estoy bien. Gracias por su interés, señorita Herrick. —Lo cierto era que no se sentía ni medio bien, pero ¿cómo iba a explicarle lo que había sentido cuando agarró a Mary Helen por las muñecas? Habría pensado que estaba loca de atar.

El día siguiente, Mary Helen no fue al colegio y Selma Jones se desmayó mientras desempaquetaba el bocadillo durante el recreo. La señorita Herrick se acercó corriendo a la pequeña e intentó reanimarla mientras toda la clase observaba boquiabierta. Pero Selma no se movía. La señorita Herrick entró corriendo y gritando al vestíbulo del colegio, y dos profesores se llevaron a Selma en volandas. Al poco tiempo, la madre de Beverly Hansom fue a recoger a su hija y se la llevó a toda prisa rodeándole los hombros con el brazo. La chica estaba blanca como la cera. Esa tarde, en el patio de juegos, los profesores hablaban en susurros, protegiéndose la boca con las manos y frunciendo el ceño por la preocupación. No había quien detuviera los rumores: Mary Helen y Selma tenían la gripe, Mary Helen ya había muerto...

Después de la última clase de la tarde, Pía salió del edificio a todo correr y se dirigió a su casa, con los libros bien sujetos al pecho y la cabeza gacha. En una situación normal habría esperado a Finn en las escaleras de

la escuela, pero tenía la absoluta necesidad de irse de allí inmediatamente. Quería volver a su casa, donde podría cerrar la puerta y aislarse de todo y de todos. Todavía cerca del colegio vio pasar a una ambulancia a toda velocidad, y un hombre sentado en un banco ojeaba un periódico cuyo titular decía: **TODOS LOS CIUDADANOS DEBEN LLEVAR MASCARILLA EN LUGARES PÚBLICOS.** En la farola cercana al banco había otro aviso sobre las mascarillas: «Cumplan la ley y lleven la mascarilla. Protéjense del ataque de los microbios».

Tras lo visto, decidió que no le apetecía volver sola a casa, así que subió las escaleras de acceso a una casa y se paró en el rellano para esperar a Finn, alejada de las congestionadas aceras. Se apoyó sobre la barandilla, deseando volatilizarse. Todo el mundo parecía tener prisa. Dos mujeres que se protegían la cara con pañuelos caminaban agarradas del brazo tan deprisa como podían sin llegar a correr. Una pareja de pelo gris, con mascarillas y acarreando maletas, salió a toda prisa de un edificio. Ambos levantaron la mano al mismo tiempo para pedir un taxi, y el anciano prácticamente echó de la calzada a varios viandantes, empujándolos con su bastón. Incluso los vehículos a motor y tirados por caballos parecían ir más deprisa de lo normal. En el aire podía respirarse una extraña sensación de alerta, semejante en cierto modo a las prisas de la Nochebuena, o al entusiasmo que se sentía antes de los fuegos artificiales del Día de la Independencia en Filadelfia. Pero en este caso la alerta era siniestra y amenazante, como la sensación de la tarde del desfile, y hasta diez veces peor. Además, ahora la sentía todo el mundo.

Cuando vio llegar a Finn soltó los hombros de alivio. Bajó las escaleras a toda prisa y aterrizó enfrente de él.

—¡Vaya! —exclamó el chico sorprendido—. ¿Por qué no me has esperado?

—¡Es lo que he hecho! —respondió—. Estoy aquí, ¿no? —Empezó a andar con Finn a su altura.

—Sí, claro, pero durante un rato no sabía dónde estabas. Pensaba que...

—¿Qué pensabas?

Se encogió de hombros y escondió las manos en los bolsillos.

—Todo el mundo se está poniendo enfermo. ¿Recuerdas que habíamos oído decir que Tommy Costa y su familia se habían marchado de la ciudad?

Asintió.



—Pues.. su mejor amigo, Skip, dice que murió ayer por la noche.

Pía se quedó paralizada. Tommy era el chico que le había puesto las manos en los ojos durante el desfile.

—¿De gripe?

—No se me ocurre otra cosa que sea capaz de acabar contigo tan deprisa.

Volvió a apretar los libros contra el pecho y siguió andando. Tommy y Mary Helen eran jóvenes y fuertes. ¿Cómo era posible que hubieran muerto de gripe? ¿Por qué Selma Jones podía estar perfectamente un día y desmayarse al siguiente? ¿Era la gripe lo que ella había sentido? No. No era posible que pudiera detectar la enfermedad en otras personas. Tenía que ser una coincidencia. O podía ser que su timidez estuviera empezando a convertirse en un problema físico, en una enfermedad. Estaba deseando contarle a Finn lo que le estaba pasando y preguntarle qué opinaba. Pero no podía. Todavía no.

Al final de la cuarta manzana torcieron por la calle Jacob's, que era un estrecho callejón lleno de panaderías, zapaterías de viejo, sastrerías y estancos, cuyos empleados o dueños trabajaban en las puertas de sus establecimientos, todos de ladrillo. En el piso de arriba estaban las viviendas familiares. Algunas se habían transformado en pensiones, o alquilaban habitaciones a marineros. De los tiradores de algunas puertas colgaban cintas de crepé de color blanco, gris y negro, que se movían mecidas por la brisa de la tarde. De muchas puertas colgaban carteles que decían lo siguiente: «CUARENTENA POR LA GRIPE. No se acerque a esta puerta». Al final del callejón una mujer vestida de negro salió de la platería y colocó un trozo de cinta blanca de crepé en el pomo de la puerta. Lloraba de manera incontrolable y desconsolada.

Pía no pudo evitar quedarse mirando de hito en hito, al tiempo que sentía nuevos escalofríos en la espalda. Sabía perfectamente lo que significaban los distintos colores de las cintas, pues había visto muchas en el pueblo minero después de derrumbamientos y explosiones, y también durante la epidemia de tuberculosis que golpeó al pueblo cuando tenía siete años. El negro significaba la muerte de un adulto, el gris de una persona anciana y el blanco de un niño. Finn y ella se miraron. Ambos se asustaron a la vez y empezaron a andar más deprisa. Cuando doblaron la esquina en dirección a la calle Lombard aflojaron el ritmo. Docenas de policías, todos con mascarilla protectora, patrullaban las aceras, instando a la gente a que circulara y no se detuviera. Había una cola de gente esperando para

entrar en una farmacia. Llevaban botellas vacías y apenas hablaban. Todos los rostros mostraban preocupación e incluso miedo. Algunas de esas almas atormentadas llevaban puestas mascarillas blancas y procuraban mantenerse a cierta distancia de los demás viandantes, aunque eso era bastante difícil ya que las aceras estaban abarrotadas. Otros se cubrían la boca con un periódico. Había un anuncio en el escaparate de la farmacia: «¡Tabletas de formaldehído! Deje que se deshagan en la lengua. Se ha demostrado que matan los gérmenes y previenen el contagio y la infección. Cincuenta tabletas por cincuenta centavos».

—¿Qué clase de medicina crees que vienen a buscar? —le preguntó Pía a Finn.

—Pues supongo que la que sea... —contestó—. Salvo *whisky*, lo que sea.

En el escaparate de una tienda de artículos deportivos había un anuncio de fonógrafos: «Este aparato garantiza que no contraerá la gripe. Quédense en casa. Manténganse alejados de las multitudes y de los teatros. Son consejos de los médicos. Escuchen nuevos discos en su fonógrafo último modelo y se olvidarán de que deben quedarse en casa por la noche y los domingos». Al otro lado de la calle la gente, cargada de sacos y cestas, se arremolinaba alrededor de un camión con un anuncio que decía: «Coma más cebollas, uno de los mejores productos para prevenir la gripe». En otra zona se había reunido un grupo de gente de color, esperando a ver si sobraban cebollas para ellos.

Al ver el camión de las cebollas, Pía pensó en lo que *Mutti* le había dicho por la mañana. Tenían la despensa bastante vacía y debía ir al mercado, pero no quería llevar a los gemelos, así que esperaba a que ella volviera del colegio. Ojalá se hubiera quedado en casa. Tenía que decirle que salir no era buena idea, al menos no hasta que las cosas se normalizaran.

Un tranvía pasó repiqueteando y se paró a pocos metros. Dos hombres con bombín, y uno de ellos también con mascarilla, salieron corriendo para subirse. El conductor, que también llevaba mascarilla, se asomó a la puerta y señaló a uno de los hombres.

—No puede subirse si no lleva mascarilla —espetó el conductor. Dejó subir al otro hombre e impidió el acceso al aludido, que reaccionó muy enfadado.

—¡Tengo una reunión y no puedo llegar tarde! —dijo—. Insisto en que me deje subir.

—Lo siento, son las reglas —insistió el conductor.

Se acercó un policía con la porra en la mano.

—Ya lo ha oído —dijo mirando al viandante—. Sin mascarilla no se puede viajar.

El hombre se marchó maldiciendo. El policía hizo una seña al conductor para que reanudara la marcha, pero una mujer gritó, antes de subir siquiera, lo que hizo que los pasajeros se apresuraran a apearse con tal precipitación y tan desconcertados que casi derriban al conductor. Pía y Finn se quedaron mirando. El policía subió los peldaños de acceso, pero volvió a bajarlos de inmediato. Aparecieron dos policías más y se pusieron a hablar los tres. Uno de ellos salió corriendo mientras que otro se volvió hacia el gentío que se había acumulado.

—¡Circulen! —gritó—. Ya hemos ido a avisar al forense.

Cuando Pía se dio cuenta de por qué había salido la gente del tranvía con tanta precipitación se quedó sin aliento y se llevó la mano a la boca. Había un hombre derrumbado en su asiento, con la frente apoyada contra la ventana. Llevaba una mascarilla rota y llena de manchas que le colgaba de la barbilla, y tenía la cara como entre gris, azul y roja. Le salía sangre de los ojos, la nariz y la boca e incluso había salpicado los cristales, en los que se veían coágulos oscuros. A Pía se le revolvió el estómago de puro horror. Empezó a caminar otra vez, lo más deprisa que le permitieron las piernas, que le temblaban. Finn la siguió.

—Finn —dijo jadeando.

—Dime.

—Estoy asustada.

—Lo sé.

—¿Y tú?

—Yo también.

Siguieron andando muy deprisa durante unos minutos, hasta que el chico volvió a hablar.

—¿Habéis recibido alguna carta más de tu padre?

De no estar tan asustada, le hubiera sonreído. Estaba intentando distraerla para que olvidara el malestar que sentía. Ese era Finn, siempre pensando en los demás. Quería abrazarlo, ahora más que nunca; sin embargo, también ahora más que nunca, le daba miedo tocar a cualquiera.

—No —respondió—. No sabemos nada de él desde hace semanas.

—Recibiréis noticias enseguida, seguro.

Asintió.

—*Mutti...*, o sea, mi madre, dice que llegará una carta uno de estos días. Ojalá estuviera aquí ahora mismo.

Notó presión en el pecho y controló una súbita oleada de lágrimas. Si su padre estuviera allí con ellos, seguro que habría sabido qué hacer. Quizá los habría sacado de la ciudad para alejarlos de lo que estaba pasando. Y es que desde que tenía memoria, siempre había sido su protector y el de la familia. Como aquella vez que se formó una súbita tormenta eléctrica, un domingo en el que habían salido de excursión, y las llevó, a su madre y a ella, a una cueva. O cuando le dio un golpe sin querer a un avispero que había debajo del porche delantero y la tomó en brazos, la protegió con el abrigo y entró corriendo en casa con ella. Quizá no pudiera hacer nada contra la gripe, pero con solo tenerlo cerca se habría sentido más protegida.

Finn la miró disgustado.

—Intenta no preocuparte demasiado, chica. Una carta tarda mucho en cruzar el océano.

Volvió a asentir, agradecida por la amabilidad de su amigo pero incapaz de hablar debido al nudo que se le había formado en la garganta.

Después de torcer hacia la calle Broad avanzaron en dirección a la congestionada maraña de callejones y anodinos bloques de casas a los que llamaban «su barrio». Era una zona de Filadelfia a la que llamaban «el sangriento Distrito Cinco», debido a la violencia que allí reinaba. Justo la semana anterior habían asesinado a dos hombres, a uno a tiros y al otro lo habían apuñalado. Además, a un hombre de color le habían dado tal paliza que había aparecido agonizante en un callejón, junto a un almacén. Aparte de la constante presencia de la Policía Local, cuyo trabajo era vigilar y espiar a los inmigrantes alemanes, parecía que solo acudía al vecindario para entrar en los tugurios clandestinos, arrestar mujeres por vagabundear y hacer la noche y a los hombres por participar en el juego ilegal, por robar o por andar por ahí borrachos. Había gente que decía que la delincuencia había crecido debido al gran número de inmigrantes y negros que se habían mudado a esa zona de Filadelfia desde el comienzo de la guerra, en busca de trabajo; sin embargo, Finn decía que las calles del Distrito Cinco siempre habían sido peligrosas. Finn le contó historias sobre asesinatos de abogados negros de derechos civiles, la quema de una iglesia y la destrucción de varias casas durante disturbios raciales. Pía y su familia llevaban allí solo unos meses cuando un policía fue tiroteado y resultó muerto durante una campaña electoral especialmente conflictiva para elegir concejales. Dieciocho hombres que se

hacían llamar «la Banda de la Hondonada de la Rana» se habían desplazado desde Nueva York para atacar a uno de los candidatos.

¿Eran conscientes sus padres del peligro que implicaba vivir en una gran ciudad cuando se mudaron a Filadelfia? Y si lo sabían, ¿decidieron hacerlo de todas formas? Ya no la dejaban salir después de anochecer, lo que incrementaba la nostalgia que sentía de las montañas, adonde solía ir para observar las luciérnagas volando sobre la hierba húmeda y contar una y otra vez las estrellas de la Osa Mayor. Además, apostaría lo que fuera a que en Hazleton no había gripe. No podía dejar de pensar en lo diferente que sería su vida si no se hubieran trasladado a Filadelfia.

Finn y ella llegaron por fin a la calle Shunk, y en ese momento ocurrió algo extraño. Fuera porque vio el habitual grupo de chicos jugando a la pelota en la calle, o a las niñas de siempre imitando a las señoras reunidas para tomar el té en la escalera de entrada a un edificio, sin saber por qué el miedo empezó a decrecer. Nadie llevaba mascarillas, nadie huía a todo correr de un hombre muerto en un tranvía. No vio ningún cartel anunciando cuarentena en ningún edificio, ni se habían colocado otros carteles nuevos. Todo parecía normal. Cuando llegaron a las escaleras de su deteriorada casa aflojó la mano en la que llevaba los libros y una sensación de calma la invadió. Puede que la gripe no pudiera alcanzar su pequeña zona de la ciudad.

Pero entonces se oyó el sollozo de una mujer desde una ventana abierta.

Con la frente arrugada, Finn miró en esa dirección, y después a la mujer. Estaba claro que se preguntaba lo mismo que ella. ¿Acaso la gripe había alcanzado ya su calle? Abrió la boca para decir algo cuando su madre lo llamó desde la escalera de incendios de donde vivían.

—¡Finn, ven aquí! ¡Es tu hermano!

Miró a Pía con cara de preocupación y se dio la vuelta enseguida.

—Nos vemos después, chica —dijo mientras se alejaba—. Cuídate, ¿de acuerdo?

Antes de que Pía pudiera responder, el muchacho salió corriendo para cruzar la calle y entrar en su edificio. Se quedó mirando la puerta cerrada y empezó a tiritar. Su despedida le cayó encima y la llenó de aprensión, como una maldición o una advertencia. ¿Volvería a verlo alguna vez? El miedo la cubrió como una pesada manta. En ese momento deseó intensamente haberle contado lo que le había pasado con Tommy Costa y Mary Helen, la extraña sensación que había tenido al tocarlos. Él no podía hacer nada para ayudar, pero puede que compartir su secreto con él hubiera servido para que se sintiera menos sola.



Alguien la llamó por su nombre. Dio un respingo y se dio la vuelta, tan deprisa que los libros estuvieron a punto de caérsele al suelo. *Mutti* apareció en lo alto de la escalera de acceso al edificio, secándose las manos callosas en el delantal, y eso era un signo evidente de que estaba preocupada. Pía la había visto hacerlo miles de veces. Por ejemplo, todos los días que *Vater* se iba a trabajar a la mina. O cuando la camioneta de transporte de la policía que todo el mundo llamaba «*Black Maria*» llegó al pueblo llevando a muertos y heridos tras un accidente en las minas. O cuando *Vater* proclamó que se mudaban a Filadelfia. O cuando creyó que iba a abortar estando embarazada de los gemelos, lo mismo que ya le había pasado tres veces en embarazos anteriores. Finalmente, También cuando *Vater* se fue a la guerra.

—¡Date prisa, Pía! —la apremió, gesticulando frenéticamente—. ¡Entra en casa!

A Pía le dio un vuelco el corazón. ¿Le habría pasado algo a su padre? ¿O a los gemelos? No, no era eso. Lo que ensombrecía el semblante de su madre era el miedo, no la pena.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras subía las escaleras a todo correr y entraba en casa—. ¿Algo va mal?

*Mutti* cerró la puerta en cuanto entró, empujándola incluso otra vez cuando ya estaba cerrada, como si intentara evitar que alguien se colara dentro.

—Van a cerrar los colegios y las iglesias —dijo—. Todos los sitios en los que se reúne la gente, incluso las fábricas y los cines. Tampoco se permitirán los funerales. Se está poniendo enferma mucha gente, así que hay que quedarse en casa. —Avanzó nerviosamente por el oscuro vestíbulo y siguió secándose las manos con el delantal. Pía la siguió.

—¿Cómo sabes que lo están cerrando todo? —preguntó Pía—. ¿Quién te lo ha dicho? —No tenían radio y desde que su padre se marchó no compraban el periódico, porque *Mutti* no sabía leer.

—*Frau Metzger* lo escuchó en la carnicería —informó *Mutti*—, y la señora Schmidt en la radio. —Se detuvo y señaló la puerta principal. Su expresión denotaba una extraña mezcla de enfado y miedo—. ¿Esas madres todavía dejan que sus hijos salgan a la calle? ¡Están *verrückt!*<sup>5</sup> —Se puso el dedo índice en la sien—. Tienes que quedarte en casa hasta que pase todo esto, ¿me entiendes?

5. N. de la Ed.: Están mal de la cabeza.

Pía asintió y se llevó el dedo a los labios.

—¿Qué pasa? —dijo *Mutti*—. ¿Por qué me dices que me calle?

—Has hablado en alemán, y en alto —susurró Pía.

*Mutti* se quedó sin aliento y se llevó la mano a la boca. Después miró a su hija al cuello y abrió mucho los ojos.

—¿Qué has hecho con el ajo?

Pía buscó con la mano donde creía que estaba el saquito, pero inmediatamente recordó que se lo había arrancado durante el recreo y lo había tirado a la hierba, igual que el día antes, tras la llegada de Mary Helen buscando pelea.

—Debo de haberlo perdido —dijo.

—Tienes que tener más cuidado, Pía —espetó su madre—. La señora Schmidt fue muy amable al dárnoslo, y no tengo más.

—Lo siento. Ha sido sin querer.

*Mutti* alzó los brazos al cielo exasperada, y después empezó a andar por el vestíbulo hacia la parte trasera del edificio.

—Ven a ayudarme con el agua, *bitte*<sup>6</sup> —dijo, y puso cara de preocupación al darse cuenta de que había vuelto a utilizar una palabra alemana—. Los gemelos se van a despertar enseguida.

Pía siguió a su madre entrecerrando los ojos para acostumbrarse a la creciente oscuridad. Excepto las estancias de delante de cada piso, los pasillos y el resto de las habitaciones estaban siempre a oscuras, incluso en mitad del día. Intentó no pensar en la pequeña cabaña de Hazleton, con amplias ventanas en tres de las paredes para dejar que el sol y la brisa de la montaña entraran. No obstante, por suerte su familia vivía en uno de los pisos que daban a la calle, y en la habitación principal había una ventana que dejaba entrar la luz natural. No podía ni imaginarse lo que sería vivir en uno de los pisos centrales o traseros, donde solo había luz de velas o faroles. Por no hablar de la falta de aire fresco, sobre todo ahora con la gripe. Al pensar en eso se le formaron en la mente imágenes aterradoras de la gente que vivía en los pisos traseros, enfermos y moribundos en la oscuridad, donde nadie los encontraría hasta pasados muchos días...

Apretó los dientes e hizo un gran esfuerzo para apartar de su mente tan horribles pensamientos. Siguió a *Mutti*, que había salido por la puerta de atrás del edificio hacia el patio trasero vallado en donde estaban el pozo

---

6. N. de la Ed.: Por favor.

y la letrina común. *Mutti* agarró uno de los dos cubos y lo colocó bajo el grifo de hierro. Pía dejó los libros en el suelo y empezó a bombear, contenta por recoger ahora el agua, ya que así no tendría que salir después de la cena. Odiaba bajar sola al patio trasero, y sobre todo tener que utilizar la letrina. El hecho de tener que compartir con otras familias el pozo y las letrinas no era nada nuevo, ya lo habían hecho en la villa minera, pero las vallas y la sensación de opresión que le causaban las paredes tan cercanas de los edificios hacían que se sintiera como un cerdo en su cochiguera, atrapada y también vulnerable frente a cualquiera que pudiera estar por allí. Como ocurría con la señora Nagy, que siempre le preguntaba cosas en húngaro y se quedaba mirándola a la espera de una respuesta, como si Pía supiera hablar su idioma. Y sobre todo el viejo señor Hill, que no paraba de intentar abrir la puerta cuando la letrina estaba ocupada y, cuando le llegaba el turno, empezaba a bajarse los pantalones antes de cerrar la puerta. Algunas veces, cuando ella estaba en la letrina, le hablaba hasta que salía, y después sonreía como si fueran viejos amigos. Siempre meneaba la cabeza y se reía entre dientes, disculpándose por ser viejo y senil, pero ella distinguía perfectamente aquella mirada maliciosa: sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

Cuando terminaron de llenar los dos cubos, Pía recogió los libros y ayudó a su madre a llevar los cubos dentro, a través del oscuro pasillo y por la estrecha escalera. Los zapatos de suela dura hacían que sus pasos retumbaran, y cientos de olores inundaban el camino (col hervida, patatas fritas, curri caliente, tomates recalentados, salchichas salteadas, ajo tostado, pan recién cocido...), cada uno más potente y fragante que el anterior. Pese al miedo y la inseguridad, a Pía le gruñó el estómago de hambre. Habían pasado más de seis horas desde el desayuno de pan de centeno y té caliente, y no quedaba comida suficiente para llevarse algo para el mediodía.

En el tercer piso, la señora Ferrelli estaba en su puerta, con la cara enrojecida y las mejillas húmedas por las lágrimas, atando una cinta negra al pomo. En el delantero del vestido amarillo que llevaba podían verse manchas marrón oscuro, sobre todo en la zona que le cubría la tripa de embarazada.

«¡No!», pensó Pía. «¡El señor Ferrelli no!». Era demasiado joven y demasiado fuerte, un albañil de anchas espaldas que alegraba el edificio con su risa potente y que esperaba ver nacer a su primer hijo antes de que lo llamaran a filas. Además, él y su esposa fueron de los primeros vecinos



que hablaban inglés que no tuvieron ningún reparo en confraternizar con los alemanes. ¿Por qué la gripe se llevaba a alguien cómo él?

*Mutti* se detuvo y Pía la imitó, sin saber qué hacer o decir. El asa del cubo se le clavaba en los dedos. Se sentía triste por la señora Ferrelli y su bebé, pero sobre todo quería seguir subiendo las escaleras, irse de allí, para alcanzar la seguridad de su apartamento.

—Lo siento mucho por usted —dijo *Mutti*.

—Y yo también —indicó Pía.

La señora Ferrelli les dio las gracias con un murmullo sordo.

—¿Ha sido la gripe? —preguntó *Mutti*.

La señora Ferrelli asintió con la cara contraída por la pena, y después entró rápidamente en su casa y cerró la puerta.

—¿Sabías que estaba enfermo? —preguntó Pía.

*Mutti* negó con la cabeza y apretó el delantal con la mano libre. Después volvió a subir por las escaleras más deprisa que antes. Pía la siguió por la escalera y después por el pasillo hasta llegar al piso donde vivían, y después cerró la puerta. Por fin estaba en casa. Constaba de dos habitaciones con paredes oscuras: una era la cocina-comedor y la otra un dormitorio sin ventanas casi tan pequeño como el gallinero que tenían en el pueblo minero. Una lámpara de aceite aportaba la luz necesaria para distinguir los objetos de la vida diaria, que ocupaban cada centímetro del diminuto piso. También había estanterías de madera basta con pequeños tapetes de blonda sobre las que descansaban diversos objetos: una cubertería, una vajilla blanca, cacharros de cocina, un conjunto heterogéneo de vasos y copas, botellas para bebés, una jarra de arcilla y un reloj de chimenea. En la pared había ganchos de los que colgaban sartenes, encima de una mesa estrecha con tres sillas desaparejadas, todas ellas reparadas con hilo de bramante y trozos de madera de refuerzo. Debajo de la mesa había cestas, un tubo de metal y varios cubos vacíos, así como un pequeño recipiente lleno de paños de limpiar y una escobilla. Al otro lado había una tetera de esmalte blanco con lunares azules y una taza a juego, ambas sobre un fogón de carbón con una tubería cuarteada que dejaba escapar el humo en cada juntura. Pegada a la pared, una pila metálica de lavar con patas de madera, y encima de ella un calendario de tela colgaba del techo gracias a unas cintas también de tela. Los únicos elementos decorativos eran un florero azul y un mantel de encaje que había perdido brillo, perteneciente a una de sus abuelas. A la izquierda del fogón estaba su estrecha cama, junto a la

única ventana de la casa, colocada a lo largo de la pared y cubierta de papeles de periódico para que no se enfriara. La ropa de cama estaba hecha de sacos de harina cortados y abiertos.

Recordaba lo agobiante que resultaba el piso cuando llegaron a Filadelfia. Vivían en él sus tíos paternos, y allí estuvieron los cinco durante diez meses: *Mutti* y *Vater* durmiendo en la estrecha cama de la cocina, sus dos tíos en el diminuto dormitorio y ella en el suelo. Y, después de aquello, se daba cuenta de lo afortunada que era ahora que disponía de una cama para ella sola. Con el tiempo cambiaría su suerte, bien cuando el casero descubriera que sus tíos se habían mudado a Nueva York y que podía hacer sitio a más inquilinos, o cuando los gemelos crecieran y ya no pudieran dormir con sus padres. Pero, de momento, podía estirarse y hasta darse la vuelta en el colchón de crines de caballo.

Ahora que lo pensaba, estaba deseando acostarse. Se encontraba completamente exhausta, notaba muy pesados los pulmones y los miembros y cualquier movimiento y pensamiento le suponía un enorme esfuerzo. Necesitaba comer y acostarse inmediatamente después, para así dejar de pensar en la niña que le había agarrado la mano durante el desfile, en Mary Helen y en Tommy Costa, en el señor Ferrelli y en el hombre del tranvía. Sí, quería dejar de pensar en la cara sanguinolenta del hombre del tranvía, en la gripe y en todas las cosas horribles que estaban pasando en la ciudad, incluso en su mismo edificio. Era demasiado. Entonces pensó en el hermano de Finn y rezó por que no estuviera también enfermo, pese a que en el fondo de su corazón sabía la verdad. ¡Ojalá que su amigo le mandara una nota diciéndole que estaba equivocada, si es que volvía a saber algo de él!

Tras dejar el cubo de agua cerca de la pila junto al de su madre, Pía dejó los libros sobre la cama y le llegó el familiar aroma a vinagre y a patatas hervidas, así como un fuerte olor a jabón de sosa. Todo ello la envolvió como un capullo invisible de seguridad familiar. Le habría gustado cerrar la ventana para mantener esos olores tan reconfortantes y alejarse de todo lo que estaba pasando en la ciudad. Pero, por supuesto, eso no tenía ningún sentido, pues se suponía que el aire fresco protegía de la gripe. En cualquier caso, las ganas de cerrar el camino a la enfermedad y alejarse de un aire lleno de miedo, que era el que todos los demás estaban respirando, superaban al sentido común. Se arrodilló en la cama y puso las manos en el cerco, dispuesta a bajar la ventana.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó *Mutti*.

—Aquí hace fresco —respondió Pía—. ¿Puedo cerrar la ventana?

—La cerraremos cuando se despierten los niños, pero mientras estén durmiendo tenemos que dejarla abierta. —Se acercó a la mesa, agarró una cuchara y se la pasó a Pía—. La señora Schmidt ha traído esto para alejar la gripe.

Antes de alejarse de la cama, echó una mirada a la ventana de Finn. Estaba abierta, pero no había nadie mirando por ella. Se bajó de la cama y se acercó a su madre.

—¿Qué es?

—Un terrón de azúcar empapado en... —*Mutti* entrecerró las cejas—, no recuerdo la palabra. Car... caro...

—¿Queroseno?

—*Ja!* Yo me he tomado uno, y les he dado otro a los niños, con un poco de agua. Este es para ti.

Pía hizo un gesto de repulsa. Estando en Hazleton habían tomado violetas y té de corteza de safrás para protegerse de alguna enfermedad, pero nunca queroseno. Pero en el Distrito Cinco no crecían ni violetas ni árboles, ni tampoco en ninguna otra parte de la ciudad, al menos que ella supiera. Sabiendo que no tenía elección tomó la cuchara y se puso en la boca el terrón de azúcar. Tenía un sabor dulce y oleaginoso al mismo tiempo, y era como si se estuviera comiendo una golosina envuelta en alquitrán. Intentó contener las arcadas, lo masticó deprisa y se lo tragó tan rápido como pudo. *Mutti* le dio un vaso de agua del cubo, pero eso no ayudó. La boca le sabía a barro y a aceite de farol. Hizo un gesto de asco y se limpió los labios con el revés de la mano.

—¡Qué malo está! —se quejó en voz alta.

*Mutti* le puso el dedo índice sobre los labios.

—Calla, no despiertes a tus hermanos. No han estado bien durante el día. —Agarró la cuchara y la puso en la pila. Después se sentó a la mesa y sacó un huevo de zurcir de la cesta de remendar.

—Seguramente no les gustó la medicina —dijo Pía.

—Las medicinas no tienen que tener buen sabor —recalcó *Mutti*.

Esperando que la cena se llevara el horrible sabor que tenía en la boca, Pía se acercó al fogón y levantó la tapa del puchero. Sopa de patatas. Una vez más. Debido a la guerra habían prescindido del trigo los miércoles y de la carne los viernes; lo cierto es que ya no era capaz de recordar la última vez que había comido carne. Puede que en Semana Santa, o en Navidad.

*Vater* había sujetado en la pared con chinchetas algunos artículos de periódico antes de marcharse, para recordarles que tenían que seguir sacrificándose hasta que volviera. Como si tuvieran elección...

Si comen ESTO no necesitan comer trigo. Los siguientes alimentos NO TIENEN TRIGO: la harina de avena, las patatas, el arroz, el maíz molido y la cebada pueden sustituir al pan al 100%.

No desperdicien el hielo. No desperdicien el amoniaco.

Una tonelada de hielo que no utilicemos significa un ahorro de una libra de amoniaco. Una libra de amoniaco ahorrada significa veinte granadas de mano. Y veinte granadas de mano pueden significar una batalla ganada.

Las patatas son un alimento extraordinario, excelentes para su cuerpo y deliciosas si se cocinan bien.

Esto es lo que le aportan: Son un buen combustible. Aportan almidón (fécula), que se quema en los músculos como se quema la gasolina en el motor de un automóvil y permite que trabaje y se mueva, como se mueve un automóvil. Una patata de tamaño medio, gracias a la fécula que contiene, aporta tanta energía como dos rebanadas de pan. Si toma patatas en la comida, necesitará menos pan. Con las patatas se ahorra trigo. También contienen sales, igual que otros vegetales. Las sales son necesarias para construir y renovar las distintas partes del cuerpo y mantenerlas en buen estado. ¡Incluso puede utilizar las patatas para hacer tartas!

«¡Si pudiera comer magdalenas, y galletas, y carne...!», pensó Pía. Miró a su madre, que estaba zurciendo un calcetín viejo y secándose la otra mano en el delantal. La blusa recta le caía suelta, dejando al descubierto el delgado cuello y las prominentes clavículas que tenía; la falda, de color marrón, le colgaba como si fuera una tienda de campaña mustia cubriéndole las piernas. La mandíbula y los huesos de las mejillas resaltaban sobre la fina y pálida piel, y el pelo, rubio y largo hasta la cintura, con el que tanto

disfrutaba Pía cepillándolo despacio, lo llevaba ahora sujeto con una cinta suelta y tenía aspecto lacio y apagado. Pía no sabía hasta cuándo sería capaz su madre de seguir alimentando a los gemelos sin comer más. Pero su madre se negaba a gastarse el poco dinero del que disponían en leche maternizada para bebés pudiendo alimentarlos gratis, y no quería utilizar los sobres de fórmula para bebés Mellin hasta que no fuera absolutamente imprescindible, pese a que los médicos decían que esa fórmula de Mellin, mezclada con leche de vaca, era un alimento mejor que la leche materna. En todo caso, no disponían tampoco de leche de vaca para mezclar, solo de agua.

Pía quería buscar trabajo para llevar dinero a casa, pero *Mutti* esperaba que la guerra terminase pronto, que su marido regresase y que las cosas volvieran a la normalidad. Mientras tanto, su hija solo tenía trece años y debía ir a la escuela todo el tiempo que fuera posible, sobre todo porque las leyes respecto a los alemanes parecían cambiar cada día y nadie sabía hasta cuándo se le permitiría hacerlo. Finn se había ofrecido a enseñarle la manera de robar comida en un mercado al aire libre, pero la chica se negó. *Mutti* nunca aceptaría comida robada, por no decir los problemas que le acarrearía la posibilidad de que la descubrieran robando. La primera vez que vio a Finn guardarse una chuleta debajo del jersey se quedó paralizada, y le preguntó después qué diferencia había entre robar carne y robar botellas y paños a la vieja de color. Le contestó que los chicos que robaban a la mujer lo que buscaban era hacer daño, pues le estaban quitando cosas a quien prácticamente no tenía nada, mientras que él lo único que quería era ayudar a su familia a sobrevivir. Como le pasaba a él y a todas las personas que tenían la mala suerte de vivir en el Cinco, a ella le había tocado una existencia complicada, y casi seguro que algún día se vería obligada a guardarse un trozo de pan entre la ropa para mantenerse viva. Pero a Pía le habían enseñado que quedarse con algo que no te pertenecía no estaba bien, por lo que no la convenció. De todos modos, tenía que admitir que empezaba a comprender el punto de vista de Finn. La desesperación era algo muy poderoso. Ahora pensaba que tendría que haber escuchado a su amigo. Y también que, si las cosas seguían igual o incluso iban a peor, todavía podría intentar robar algo de comida. Pero en ese momento se acordó de que estaba demasiado asustada como para salir de casa.

—¿Fuiste al mercado esta mañana? —le preguntó a su madre.

*Mutti* negó con la cabeza.



—Estaba esperándote para que te quedaras con los niños. Después la señora Schmidt me dijo que estaban cerrándolo todo y que debía quedarme en casa.

Justo en ese momento uno de los gemelos empezó a llorar. *Mutti* suspiró y se levantó de la silla, apoyando las manos sobre las rodillas y con gesto dolorido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Pía—. ¿Te has hecho daño?

*Mutti* negó con la cabeza.

—*Nein*, hija. Es que me hago vieja.

Pía frunció el ceño. A los treinta y dos, su madre no era tan vieja.

—Quédate aquí —indicó—. Ya voy yo a por los niños.

Su madre volvió a sentarse y musitó «*Danke*»<sup>7</sup> en alemán.

Pía abrió la puerta del dormitorio y miró dentro, pensando que tal vez el gemelo que había empezado a llorar se hubiera dormido otra vez. La luz de la lámpara de aceite de la cocina alumbraba un pequeño lavabo, una desvencijada cómoda con pomos desaparejados y cajones medio rotos y la vieja cama de sus padres, de hierro oxidado y que ocupaba la mitad de la habitación. Cerca del cabecero había un armarito pegado a la pared. Los gemelos estaban en la cama, vestidos con pijamas de algodón y la cabeza cubierta. Las sábanas y las mantas estaban en el suelo. Uno estaba tumbado de espaldas, con el dedo gordo del pie metido en la boca, y el otro apoyado sobre el estómago, con la cara colorada y gritando a pleno pulmón. Se llamaban Oliver y Maxwell, Ollie y Max para abreviar, que eran nombres típicamente estadounidenses según su madre, que también quería empezar a llamarla a ella Polly o Peg tras el inicio de la guerra. Pero a Pía le gustaba llevar el nombre de su abuela, pese a que algunos de sus compañeros de clase lo utilizaran para tomarle el pelo. Al final, su padre había decidido que mantuviera el nombre. Max era el que gritaba.

Entró en el dormitorio, encendió la lámpara de la cómoda, recogió las sábanas y las mantas y se quedó de pie junto a la cama, esperando la reacción de los gemelos al verla. Max fue el primero en advertir su presencia. Dejó de gritar y la miró sonriendo, aunque tenía los labios llenos de babas y le seguían temblando. Lo envolvió con una de las mantas y lo apoyó sobre el brazo. El niño la agarró del pelo, y Ollie la llamó con un grito desde la cama, aunque inmediatamente volvió a meterse el dedo del pie en

7. N. de la Ed.: Gracias.

la boca. La chica se acordó de algo y se puso tensa. ¿Qué pasaría si sentía algo al tener en brazos a sus hermanos? ¿Y si le apretaban los pulmones y le dolía el pecho? Hasta ese momento, nunca había tenido problemas cuando tocaba a su familia, pero eso era antes del desfile y de la gripe, antes de Mary Helen y de Tommy Costa. Tomó entre las suyas la manita de Max, contuvo el aliento y esperó. Para su alivio, no sintió otra cosa que la calidez de su cuerpecito, la sedosa piel de los dedos y la palma de la mano. Soltó el aire que había contenido y se limpió las lágrimas de la cara con la mano libre.

—¿Qué te pasa, chiquitín? —dijo con voz suave y cantarina—. ¿Acaso piensas que os habíamos dejado solitos en casa? ¿Es que no sabes que nunca haríamos algo así? —Lo besó en la frente varias veces—. ¡Nunca, nunca, nunca!

Max volvió a sonreír mientras la miraba. Se le formaban pequeñas burbujas de saliva en los labios.

Al contrario de lo que les pasaba a los demás, ella siempre era capaz de distinguir a sus hermanos. Hasta su padre bromeaba con la posibilidad de ponerles unas cintas con números colgados para poder distinguirlos. Si uno se fijaba solo en el pelo, de un rubio casi blanco, y en los ojos azul cobalto, rasgos heredados de su madre, no resultaba difícil confundirlos. Pero Pía sabía que Max tenía la cara ligerísimamente más fina de la de Ollie, y la nariz de botón un poco más plana en la punta. Y los hoyuelos un poquito más profundos.

No podía olvidar el día, hacía unos cuatro meses, en el que nacieron los gemelos, los tensos minutos que pasaron tras al alumbramiento de Ollie, cómo *Mutti* continuó resoplando y gritando, apretándose el estómago aún inflado. Su padre mandó a Pía a buscar a la señora Schmidt, pero cuando regresó, para sorpresa de todos, ya había llegado un segundo niño. La señora Schmidt no se inmutó y se acercó sosteniendo un cuenco con grasa para «lubricar el conducto».

—Me imaginé que traías más de uno cuando dijiste que por las patadas parecía que el niño llevaba botas de clavos —dijo con un deje de orgullo en la voz.

Cuando la señora Schmidt ayudó a *Mutti* a quitarse la falda manchada de sangre para lavarla, Pía envolvió a los pequeños gemelos y estudió sus caritas, agradecida y maravillada de tener dos hermanos recién nacidos. Desde aquel día le había resultado fácil distinguirlos.

—Sé quién eres —dijo Pía dirigiéndose a Max, mientras lo mecía en la cama de sus padres—. Sí, lo sé. —Se inclinó y besó en la frente al bebé—. Y lo mismo me pasa contigo, Ollie, muchacho.

Ollie sonrió, disfrutando con los dedos de los pies en la boca.

Pía agarró uno de los sonajeros y lo agitó delante del niño, intentando que dejara de chuparse el pie. Su padre había fabricado los sonajeros de madera antes de irse a la guerra, lijándolos una y otra vez hasta dejarlos absolutamente lisos y suaves por todas partes. Utilizó hilo de bramante para atar cuatro campanillas de latón a cada lado y talló la inicial del nombre de cada niño en los respectivos mangos. Su sonido le recordaba la Navidad.

Ollie estaba más interesado en explorarse los pies y jugar con ellos. Dejó a un lado el sonajero y se dio cuenta de que Max se estaba volviendo a dormir. Apoyaba las largas pestañas oscuras como plumas en las pálidas mejillas. Ollie yacía estirado y escuchando; por fin dejó los dedos de los pies, se llevó el pulgar de la mano a la boca y la miró con ojos soñolientos. A los pocos minutos los dos volvieron a estar dormidos. Cubrió a Ollie con una manta y después se levantó, tomó a Max y lo colocó junto a su hermano. Tras esperar unos minutos para asegurarse de que seguían durmiendo, redujo la intensidad de la llama de la lámpara de aceite y salió de puntillas de la habitación, no sin echarles antes un último vistazo antes de cerrar la puerta de nuevo.

Cuando volvió a la cocina su madre aún estaba en la mesa con la cabeza entre las manos y con los útiles de zurcir olvidados en el regazo. Pía sintió una punzada de miedo en el estómago.

—¿Qué pasa, *Mutti*? —preguntó—. ¿Te ocurre algo?

*Mutti* alzó la cabeza.

—Oh, *liebchen*<sup>8</sup> —dijo—. Nada. Es que estoy cansada, nada más.

Las palabras no sirvieron para tranquilizarla. Observó con atención la cara de su madre, preocupada por si no estuviera diciéndole la verdad. No era habitual en ella quejarse de estar cansada. Ni de nada, la verdad.

—¿Hoy has comido algo?

—*Kartoffelpfannkuchen*, una empanada de patata, y compota de manzana.

—Eso no es suficiente —dijo Pía—. ¿Por qué no comes algo y te echas una siesta mientras los gemelos están dormidos? Ya coso yo.

---

8. N. de la Ed.: Cariño.



Para su sorpresa, su madre asintió, colocó la labor encima de la mesa y se puso de pie.

—Sí. Creo que me voy a echar un rato. —Se acercó a la cama de Pía, colocó los libros escolares en el suelo y se metió debajo de la manta—. La sopa ya está casi lista —dijo—. Estate atenta y no dejes que se queme—. Inspiró profundamente y después soltó el aire con un suspiro de estremecimiento.

Pía se clavó las uñas en las palmas. Su madre nunca se echaba por la tarde. Se acercó a la cama y se puso de rodillas a su lado.

—¿Estás segura de que te sientes bien? Igual debería ir a llamar a la señora Schmidt.

*Mutti* le dedicó una débil sonrisa.

—No estés preocupada, *liebchen*, estoy bien —dijo—. Recuerda que te he dicho que hoy los gemelos han dado guerra, y también estuvieron despiertos casi toda la noche. Por eso estoy tan cansada. —Cerró los ojos—. Y la señora Schmidt no está aquí.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde está?

—En el tren, viajando a casa de su madre. A Pittsburg.

—Quizá debería ir a buscar a un médico entonces —dijo Pía. La idea de salir y adentrarse en la ciudad la aterrorizaba, pero lo haría por su madre. Entonces recordó lo que había oído decir a los profesores acerca de la falta de médicos y de enfermeras a causa de la guerra, que los que se habían quedado estaban desbordados y que los hospitales estaban llenos. Una sensación de miedo, pesada y fría como un bloque de hielo, se le instaló en el pecho.

*Mutti* abrió los ojos y la miró con cara seria.

—No estoy enferma, Pía. Solo necesito descansar durante unos minutos. Después me sentiré mejor.

La niña suspiró. Rezó por que su madre estuviera bien, pero odiaba sentirse tan impotente y desamparada.

—Entonces deja que cierre la ventana para que no te enfríes.

Su madre se puso de lado y se tapó con la manta hasta la barbilla.

—*Nein*.<sup>9</sup> El aire fresco mantiene alejada la gripe.

Pía levantó la mano para tocarle la frente, pero se quedó petrificada. ¿Y si sentía dolor en el pecho o se quedaba sin respiración cuando la tocara?

---

9. N. de la Ed.: No.

¿Qué haría entonces? La señora Schmidt se había marchado y los hospitales estaban llenos. Se volvió hacia la mesa mordiéndose el labio, tomó el huevo de zurcir con dedos temblorosos y lo colocó dentro de un calcetín para remendar. Quizá debería tocarle la frente a su madre. Cuanto antes supiera si estaba enferma, antes podría llamar a alguien para pedir ayuda. Puede que hubiera alguna persona en el edificio que supiera qué hacer. Puede que tuvieran *whisky*, o alguna otra medicina. ¡Si al menos la señora Schmidt no se hubiera ido!

Pasados unos momentos dejó de zurcir, regresó a los pies de la cama y observó a su madre. Estaba profundamente dormida, y unos cuantos mechones de pelo le caían sobre las mejillas y los labios. El cansancio era evidente en sus rasgos, y parecía mayor de lo que en realidad era. Pía respiró hondo y soltó el aire poco a poco. ¿Qué podía hacer? Miró por la ventana en dirección al piso de Finn. ¡Si pudiera mandarle una nota pidiéndole ayuda! Pero la cuerda de tender estaba llena de ropa. No podía quitarla sin despertar a *Mutti*. Además, después de todo, ¿podría contestar a tiempo? Pensó que podría cruzar el callejón y llamar a su puerta, pero ¿qué pasaría si se despertaban los gemelos y su madre no los oía? Y eso sin contar con que no quería salir al vestíbulo, y menos cruzar el callejón.

Dejó de pensar debido al llanto de los gemelos. *Mutti* también lo oyó e hizo ademán de levantarse.

—Quédate acostada —le sugirió Pía—. Yo los atiendo.

—*Nein* —replicó su madre—. Tienen hambre, y yo tengo mucho que hacer. —Se movió hacia el borde de la cama y se puso de pie, apoyándose en la espalda de Pía para enderezarse. Después empezó a andar hacia el dormitorio—. Saca unas cuantas patatas cocidas de la sopa para su cena.

—Sí, *Mutti* —respondió Pía.

—Y cierra la ventana. Puede que haga demasiado frío para ellos.

Pía empujó la ventana de guillotina y después se acercó al fogón. Recogió un cucharón del estante de la cocina, pescó varias patatas de la sopa y las colocó en un cuenco. Su madre salió del dormitorio llevando a Ollie y a Max, los dejó sobre la cama y sacó dos pañales limpios de la estantería de la ropa para cambiarlos. Sonrió y besó las dos caritas, riéndose con los balbuceos y ruiditos.

—Sois los mejores niños del mundo —dijo, al tiempo que también emitía ruiditos para imitarlos—. Y también los más guapos. ¿Tenéis hambre? ¿*Ja*? Vuestra hermana os está preparando la cena.

Pía preparó el puré de patatas en el cuenco y lo removió con un pequeño batidor, sin perder de vista a su madre en ningún momento. Quizá se había preocupado sin motivo. Puede que simplemente estuviera cansada y que la corta siesta hubiera bastado para que se recuperase. En todo caso, ahora actuaba con normalidad. Se liberó del miedo y sintió alivio tanto en el pecho como en los hombros.

Su madre tomó en brazos a Ollie, le dio un beso en la mejilla y volvió a dejarlo sobre la cama. Después se volvió para hacer lo mismo con Max, pero dudó, se llevó la mano a la cabeza y se sentó pesadamente en el borde del colchón. En la cara, pálida, le habían salido manchas rojas.

Pía dejó el cuenco se acercó inmediatamente a ella.

—¿Qué te pasa, *Mutti*?

Su madre cerró los ojos y gimió ligeramente.

—No estoy segura —balbuceó—. Me noto un poco... mareada.

De nuevo, una sensación de pánico le inundó el pecho y le golpeó las costillas.

—Voy a buscar a un médico.

—*Nein* —negó su madre—. No puedes marcharte. No es seguro.

—Pero y si... —Pía dudó, procurando que no le temblara la voz—. ¿Y si te estás poniendo enferma?

—Estoy bien. No tengo tos ni fiebre. Solo estoy cansada. Además, no tenemos dinero para pagar un médico. Y, de todas maneras, no querrá ayudar a una alemana.

—¿No hay nadie en este edificio como la señora Schmidt? ¿Alguien que sepa qué hacer?

Su madre negó con la cabeza.

—Nuestros vecinos tienen sus propios problemas. Yo solo necesito dormir. Esa es siempre la mejor medicina. —Se incorporó de la cama y se puso de pie—. ¿Te importa cuidar de los niños durante unas horas mientras me acuesto en el dormitorio?

—Sí, claro. Y te llevaré un plato de sopa.

La mujer asintió y echó a andar lentamente hacia el dormitorio. Pía la siguió intentando mantener la calma. Desde que tenía memoria, su madre jamás se había quejado de nada relacionado con su salud, ni siquiera después de dar a luz a los gemelos, cuando la señora Schmidt le dijo que permaneciera dos semanas en la cama. Tampoco cuando sufrió un terrible dolor de cabeza que pareció durar semanas, ni cuando se rompió el dedo

gordo del pie. Siempre lo soportaba todo con estoicismo, y seguía adelante como podía. Nunca abandonaba, nunca se daba por vencida. Por eso, al afirmar que no se sentía bien Pía sintió miedo. Su madre se sentó al borde de la cama y Pía se arrodilló frente a ella, le desabrochó las botas y tiró de ellas.

—*Danke* —se lo agradeció *Mutti*, al tiempo que se dejaba caer hacia atrás, apoyándose sobre la almohada. Pía la tapó con una manta, preguntándose qué más podría hacer.

En la otra habitación Ollie y Max empezaron a llorar a lágrima viva.

—*Bitte*,<sup>10</sup> da de comer a los niños y deja que descanse —le pidió su madre, moviendo la mano para alejarla—. Cuando despierte estaré mucho mejor.

—¿Me prometes que me llamarás si necesitas algo?

—*Ja*. Y ahora vete.

Pía empezó a andar hacia la cocina, pero se detuvo en la puerta y se volvió.

—¿Y me avisarás si te sientes peor?

—*Ja, ja* —dijo su madre. Apoyó el antebrazo derecho en la frente, movió la pálida muñeca y cerró los ojos.

—¿Me lo prometes?

—*Ja*, Pía.

No dejó de tener miedo, todo lo contrario. ¡Ojalá su madre tuviera razón, que solo estuviera superada por el trabajo y exhausta! Tenía sentido, porque los gemelos se despertaban varias veces durante la noche pidiendo comida, y después apenas podía descansar durante el día. Pero Pía no podía evitar temerse lo peor, y rezó por estar equivocada.

Después de dar de comer a los gemelos el puré de patatas suavizado con un poco de pan, llenó un cuenco de sopa y abrió despacio la puerta del dormitorio, procurando no hacer nada de ruido. La pálida cara de *Mutti* se iluminó mínimamente. Se había vuelto a quedar profundamente dormida y con la boca abierta.

—¿*Mutti*? —dijo Pía en voz baja—. Te he traído algo de sopa. —Se acercó a la cama y la miró—. ¿*Mutti*?

Su madre ni pestañeó ni se movió. Pía pensó en despertarla, pero decidió dejarla dormir. Los pocos minutos de los que había dispuesto antes seguro que no habían sido suficientes. Necesitaba una noche de sueño

10 . N. de la Ed.: Por favor.

ininterrumpido, y así a la mañana siguiente seguramente estaría recuperada del todo. Pía salió del dormitorio, cerró la puerta con cuidado, colocó la sopa encima de la mesa y se sentó. Los niños la miraban desde la manta colocada en el suelo, sonriendo, balbuceando y tocándose las manos y la cara el uno al otro. Esta noche se ocuparía de ellos. Prepararía una jarra de papilla, con agua ya que no había leche, para que *Mutti* no tuviera que despertarse y darles de mamar. No estaban acostumbrados a beber de una botella, pero si estaban lo suficientemente hambrientos ya se apañarían.

Cuando se terminó la sopa se levantó, se arrodilló sobre su cama y, trabajando rápido, retiró toda la ropa de las cuerdas y la apiló sobre el colchón. Todavía estaba húmeda debido al aire del otoño, pero ya la volvería a tender por la mañana, cuando tuviera tiempo. Una vez que hubo quitado toda la ropa, cerró la ventana y la dejó extendida sobre las sillas. Después agarró el libro de matemáticas, que estaba debajo de la cama y arrancó la primera página, que estaba casi en blanco salvo el título y el copyright editorial. El hecho de dañar un libro de texto podría acarrearle problemas, pero no había más papel que ese en la casa, y se trataba de una emergencia. Tomó también un lápiz, se sentó otra vez a la mesa y escribió una nota para Finn.

*¿Estás bien? ¿Qué le pasaba a tu hermano? Puede que Mutti se esté poniendo enferma, y no sé qué hacer. No tengo ninguna medicina, ni tampoco whisky. Ella dice que no salga de la casa para ir a buscar a un médico, y la verdad es que yo tampoco quiero hacerlo. ¡Por favor, ayúdame! Estoy muy asustada.*

Dobló la nota, se arrodilló de nuevo sobre la cama, abrió la ventana a medias, sujetó la nota a la cuerda de tender con una pinza y la envió al otro lado del callejón. La polea chirriaba al tirar de ella, tirón y pausa, tirón y pausa, hasta que finalmente la nota llegó al extremo, junto a la ventana de Finn. Sin cerrar los ojos para pestañear, no fuera a ser que no viera a su amigo, esperó a ver qué pasaba, pero nadie se asomó por la ventana, ni siquiera miró. Por encima del hombro echó un vistazo a sus hermanos, que estaban jugando tan a gusto sobre la manta. Abrió del todo la ventana y se asomó por ella todo lo que se atrevió. Rogando por que su madre no la oyera, llamó a su amigo.

—¡Finn!

No hubo respuesta.

—¡Oye, Finn! ¿Estás ahí? ¡Soy yo, Pía!

Tampoco hubo respuesta esa vez.

Bajó la guillotina y miró por el cristal durante unos minutos, pero nadie se asomó a la ventana en casa de Finn. Al notar el escalofriante silencio de la calle sintió una fría y casi física oleada de soledad. El sol brillaba en el distante horizonte, derramando una pátina amarilla sobre la fresca tarde de otoño. Era el tiempo adecuado para dar un paseo a paso rápido y vigorizante, o para jugar al béisbol callejero. Pero esa tarde no había niños jugando en el callejón, ni carros de reparto sobre el pavimento. No había mujeres cotilleando de ventana a ventana, ni llamando a sus hijos. Una vez más, el vacío del miedo la invadió. Parecía que se acercaba el fin del mundo.

Mientras *Mutti* dormía y Pía se hacía cargo de los gemelos, él pánico cundió por toda la ciudad. El director del Hospital General de Filadelfia pidió desesperadamente voluntarios para relevar a las enfermeras, que estaban agotadas tras más de dos días de trabajo intenso e ininterrumpido. Empezaron a morir también sanitarios: médicos, enfermeras y ayudantes: tres un día, dos al siguiente, cuatro al otro. Las empresas funerarias se quedaron sin líquido de embalsamar y sin ataúdes. Los pocos que había se pusieron a cargo de policías con mascarilla. Muchos enterradores enfermaron también, y otros muchos elevaron escandalosamente los precios. No pocos se negaron a enterrar a los muertos por miedo a contraer la gripe. El alcaide de la prisión de la ciudad ofreció a los presos la posibilidad de cavar tumbas a cambio de dinero o algún otro privilegio, pero retiró la oferta cuando se dio cuenta de que no había guardias para vigilarlos. Habían muerto ya treinta y tres policías. Los ciudadanos de Filadelfia empezaban ya a hablar más o menos abiertamente de «peste».

Mientras tanto, el periódico *The Philadelphia Inquirer* criticó el cierre de lugares públicos:

¿Qué pretenden las autoridades? ¿Darnos a todos un susto de muerte? ¿Qué ganamos obligando a cerrar iglesias y teatros bien ventilados, mientras la gente se agolpa en los tranvías? ¿Qué debe hacer una persona para evitar el pánico y el temor? Buscar la tranquilidad. No hablar de la gripe. Preocuparse es inútil. Hablemos de cosas alegres, y no de la enfermedad.



Pía tuvo más dificultades de las que había pensado a la hora de conseguir que los gemelos se tomaran el biberón. Cuando por fin terminó la primera toma, los tres estaban exhaustos. Era ya medianoche cuando sus hermanos conciliaron un sueño incómodo en la cama. Ella se deslizó fuera del colchón poco a poco, procurando moverse lo menos posible y sin hacer ruido, y se asomó al oscuro dormitorio, sorprendida de que su madre no hubiera reaccionado ante los llantos y gritos de frustración de los niños. Seguía profundamente dormida. Tenía una respiración muy ligera, como el canto de un pajarillo en la inmensidad del bosque. Entró de puntillas en la habitación y acercó los dedos temblorosos a la frente de su madre. Nada más tocar la sudorosa piel de la frente y del cuello, un peso invisible le oprimió con fuerza el pecho. Retiró la mano inmediatamente y la sensación desapareció. Se le llenaron los ojos de lágrimas. «¡No! ¡*Mutti* no puede estar enferma! ¡No puede estarlo!».

Se acercó al armario, abrió sin hacer ruido el cajón de abajo, sacó un jersey y cubrió con él los hombros y el pecho de su madre, elevándolo hasta la barbilla junto con la manta. No sabía qué más podía hacer.

Aterrada, salió de la habitación y cerró la puerta. La sola idea de abandonar la seguridad de su casa, salir a recorrer la ciudad en medio de la noche para ir a buscar a un médico, sin saber si encontraría a alguno ni si estaría dispuesto o en condiciones de ayudarla, la aterrorizaba. Además, ¿quién se encargaría de los niños mientras estuviera fuera? *Mutti* seguramente estaba demasiado enferma como para atenderlos. Por otra parte, los gemelos no deberían estar muy cerca de ella, dada la situación.

Paralizada por la imposibilidad de tomar una decisión apagó la lámpara de aceite y se echó en la cama, con los cuerpecitos de los niños entre el suyo y la pared. Necesitaba reorganizar las ideas y reunir valor y decisión. Dentro de pocas horas el sol volvería a salir, y podría pedirle a alguna vecina que cuidara de los niños. *Mutti* siempre decía que las cosas daban menos miedo a la luz del sol. Esperaba que fuera cierto, porque en ese momento estaba muerta de miedo. Sabiendo que no podría dormir, se concentró en desarrollar un plan. Pero cayó un agitado sueño.

Cuando dejó de soñar desordenada y frenéticamente, abrió los ojos desconcertada e intentando recordar qué día era. Entraba una luz gris e inquietante a través de los visillos de tela de saco. Alzó la cabeza. La grisácea humedad cubría el techo, decorado con papel pintado amarillo, con una mancha que parecía un pequeño lago, lo que le recordó las orillas de

turba de los arroyos de Hazleton. En ese momento la realidad se le vino encima con todo su dramatismo: las escuelas, las iglesias y todos los lugares de reunión públicos se habían cerrado. Y *Mutti* podría estar enferma de gripe. Los gemelos seguían durmiendo, allí entre su cuerpo y la pared. Dio un respingo, estuvo a punto de caerse de la cama, pestañeó y miró a su alrededor, intentando averiguar cuánto tiempo había estado durmiendo. Se puso de rodillas y apartó los bastos visillos.

Amanecía.

Y la nota que le había escrito a Finn todavía colgaba de la cuerda de tender.

Ollie se volvió hacia ella moviendo frenéticamente las piernas y bufando. Max también empezaba a despertarse. Agarró a Ollie con un mano y empezó a acunarlo, sin dejar de mirar la ventana de Finn.

—¡Shh, Ollie, chiquitín! —dijo, al tiempo que le acariciaba la espalda para calmarlo—. Todo va a ir bien.

Durante unos segundos volvió a mirar hacia la ventana de su amigo. No detectó ningún movimiento tras el cristal. ¿Habrían llevado a su hermano al hospital? ¿O estarían todos enfermos? En ese momento Ollie empezó a llorar, la cara se le puso roja y apretó los puños.

—Quieres estar con tu mamá, lo sé —le dijo en voz baja—. ¿Te has hartado ya de mí? —Se bajó de la cama, lo acarició con la mejilla y echó a andar hacia el dormitorio—. De acuerdo, de acuerdo. Voy a buscar a tu *mutti*. —Se detuvo un momento para echar un vistazo a Max—. Eso, quédate ahí quieto, pequeño. Eres un niño muy bueno. Vuelvo enseguida.

Max, todavía medio dormido, pestañeó y le dedicó una sonrisa. Por el contrario Ollie no paraba de aullarle en la oreja, lo suficientemente fuerte como para despertar a todo el vecindario. Volvió a avanzar hacia el dormitorio. Y volvió a invadirla la ya conocida sensación de pánico, pero esta vez tan fuerte que hasta le dolió el corazón. Seguro que *Mutti* había oído el llanto de Ollie. ¿Por qué no había salido a ver lo que estaba pasando?

Pía llamó suavemente a la puerta.

—¿*Mutti*? ¿Estás despierta?

No hubo respuesta.

—¿*Mutti*?

Pía abrió la puerta y entró despacio, con los ojos bajos por si su madre estuviera vistiéndose.

—Siento despertarte, pero Ollie tiene hambre. Le di un poco de papilla hace unas horas, pero...

Alzó la cabeza y se quedó helada. *Mutti* estaba en su lado de la cama, con las dos manos alrededor de la garganta. Parecían heladas, y tenía la boca abierta como si hubiera interrumpido un grito. De la nariz, la boca y los ojos le salía un fluido oscuro, entre rojo y marrón, y tenía la piel cenicienta y amoratada. El olor metálico de la sangre fresca llenaba la habitación.

—¿*Mutti*? —balbuceó Pía.

No hubo respuesta.

—¿*Mutti*?

De pronto, entendió la terrible realidad. Sintió como si se le derritieran las piernas, se dobló, vaciló y estuvo a punto de soltar a Ollie. Logró agarrarse al estribo de hierro de la cama y así pudo mantenerse en pie. Los gritos de Ollie inundaban la habitación.

Pía cayó de rodillas. Podía escuchar el sonido de la sangre golpeándole los oídos. «No, esto no puede estar pasando. No puede ser». Contuvo el aliento y estiró el brazo libre, extendiendo los dedos temblorosos, como si tocando a su madre pudiera arreglar las cosas.

—¿*Mutti*! ¡Por favor, *Mutti*, despierta!

Le tiró de una manga, pero inmediatamente retiró la mano, sintiendo un vacío en el estómago. No necesitaba tocarle la piel para saber que algo iba tremendamente mal. Y no quería tocarla y sentir el tacto de la muerte. Se apoyó en un extremo del húmedo colchón para ponerse de pie, puso la mano en el hombro de su madre y la sacudió. El cuerpo de *Mutti* se movió de un lado a otro, como un muñeca de trapo de tamaño natural.

Un grito de horror le subió por la garganta, pero apretó los dientes para contenerlo. Volvió a caer de rodillas y, esta vez, sí que dejó en el suelo a Ollie. Los brazos no le respondían y no tenía fuerzas para sujetar al niño, que se quedó de espaldas, con la cara roja y sin parar de gritar, cada vez lo hacía con más fuerza. En la otra habitación Max también lloraba. Pía escondió la cara entre las manos y cerró los ojos con fuerza, esperando que la imagen de su madre muerta hubiera desaparecido cuando volviera a abrirlos. «¡Esto no puede ser verdad! ¡No puede ser! *Mutti* no está muerta, ¡no!».

Apoyó las manos en el suelo para evitar derrumbarse y abrió los ojos. Su madre seguía allí, en la cama, cubierta de sangre. Pía gimió y se derrumbó en el suelo. Los brazos y las piernas le empezaron a temblar de forma

incontrolada, al tiempo que la respiración se le entrecortaba. Tampoco podía controlar los sollozos, que se le formaban en el estómago, alcanzaban la garganta y estallaban en la boca, uno detrás de otro, y entre medias intentaba aspirar algo de aire para respirar. Cada estremecimiento se llevaba gran parte de la poca fuerza que aún tenía. A su lado, Ollie seguía llorando, sin ser consciente de que su madre había muerto y de que su vida había cambiado para siempre. La tomó de la manga con la manita y ella lo tomó del suelo y lo abrazó contra el pecho, con los hombros convulsionándosele de manera incontrolada y la mente estallándole de miedo y de pena.

Lo que más deseaba era perder la consciencia, desmayarse y escapar adonde no hubiera nada, adonde el dolor y la tristeza no pudieran alcanzarla. Pero tenía que cuidar de los niños. Tenía que ir a la otra habitación y hacerse cargo de Max, que ahora lloraba a lágrima viva. Cuando sintió que podía volver a ponerse de pie así lo hizo, sujetando a Ollie y avanzando a trompicones hacia la cocina. Agarró a Max, lo sujetó contra la otra cadera y volvió otra vez al dormitorio con los dos niños, dando pasos vacilantes y sin aliento. Sentía el cuerpo como si fuera una marioneta, aunque con los nervios a flor de piel. Pensaba que de un momento a otro entraría en combustión. Volvió tomar el control de su mente, pero eso no significó alivio alguno, agobiada por el dolor y la impotencia. ¿Cómo era posible que *Mutti* hubiera muerto? ¿Muerta? ¿Pero si casi nunca se acataba! ¿Cómo había contraído la gripe? Siempre se mantenía seca y caliente. ¿Hasta tomaba terrones de azúcar mojados en queroseno!

Pía se quedó mirando a su madre, conteniendo las arcadas de bilis que ascendían desde el estómago y con los niños en los brazos. ¿Qué iban a hacer sin ella? ¿Quién iba a cuidar de los gemelos, y también de ella? Pía empezó a llorar como sus hermanos, conteniendo a duras penas la necesidad de gritar y de vomitar, sintiendo el horrible abrazo de la pena alrededor del corazón, y escuchando vívidamente el imaginario ruido, sordo y horrible, de la amenaza y la enfermedad.